



El viento sopla donde quiere

**Semblanza de un Desconocido:
el Espíritu Santo**

Mario López Barrio, SJ

Mario López Barrio, SJ

El viento sopla donde quiere

Semblanza de un Desconocido:
el Espíritu Santo



El viento sopla donde quiere. Semblanza de un Desconocido: el Espíritu Santo /
Mario López Barrio, SJ. Torreón, Coahuila, México: Universidad
Iberoamericana Torreón, 2025.

1.Espiritualidad. 2.Biblia 3.Vida espiritual.

BV 150 L66 2025

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN
Juan Luis Hernández Avendaño
Rector

Mirna Bañuelos Hernández
Directora General Académica

Andrea Nallely Cárdenas Morante
Directora General del Medio Universitario

Edición: Mariana de los Ángeles Ramírez Estrada
Diseño editorial: Daniel González Zatarain
Fotografía de solapa: Juan Manuel Rodríguez Mendoza

El viento sopla donde quiere. Semblanza de un Desconocido: el Espíritu Santo
Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, AC (Universidad Ibe-
roamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255, Ejido La Unión, 27420
Torreón, Coahuila

Primera edición, Torreón, abril de 2025
©Mario López Barrio

Impreso en México

“NI SIQUIERA HEMOS OÍDO HABLAR DEL ESPÍRITU SANTO”
(HECHOS 19,2)

PRESENTACIÓN

En nuestro día a día convivimos con distintas personas: algunas conocidas y queridas, otras con una relación cercana y profunda, quizá encontramos con quien compartimos espacios, pero no nos conocemos; sin duda habrá otras personas en nuestro entorno de las que no somos conscientes y sin embargo forman parte de nuestra vida. Así como nos pasa con las personas, nos sucede con el Espíritu Santo: ¿quién es?, ¿cómo entenderlo?, ¿cuál es su aporte en nuestra vida?

En este libro, Mario López Barrio, SJ nos enseña a *leer al Espíritu* en la Sagrada Escritura, presentando en el primer capítulo tres líneas de fuerza del Antiguo Testamento que luego se profundizan en el Nuevo, desde el aporte paulino y el Evangelio de San Juan. Toda la Biblia está llena de la presencia del Espíritu que se manifiesta, y la formación de Mario en estudios de la Sagrada Escritura se hace presente en este recorrido que nos lleva a ir encontrándonos con el “Desconocido” Espíritu Santo.

En la comunidad cristiana nos es posible *escuchar al Espíritu*, pues desde sus orígenes la Iglesia sabe que es el Espíritu quien la enriquece con sus carismas y es a través de Él que Dios se manifiesta.

El segundo capítulo nos propone un recorrido por la historia de la Iglesia desde las primeras comunidades, los concilios Vaticano I y II, las contribuciones de Oriente, la iglesia local y latinoamericana, los movimientos laicales y populares, y la Reforma, hasta la recuperación de la manera en que el Espíritu sigue presente hoy en día, actuando entre los más incomprendidos.

Reflexionar sobre el Espíritu es la propuesta del tercer capítulo cuyo contenido, en lo personal, me remitió a los años en que de pequeña trataba de entender a Dios Trino sin saber aún que ese misterio no se entiende, se experimenta. Es viento, agua, aceite, paloma, nube, perfume, fuerza, presencia estable, firme y permanente, como lo menciona nuestro querido autor.

El último capítulo va dirigido a la acción mediante el llamado a *contemplar el Espíritu*, a encontrarlo en el actuar y, por tanto, en todas las personas y situaciones, sin olvidarnos de aquellos que claman por justicia y verdad. Es una oportunidad para comprender a Jesús y su propuesta gracias a la acción del Paráclito.

Distinguirlo en el amor será siempre un regalo y después de leer este libro descubrirás que el Desconocido para muchos siempre ha estado presente para todos.

ANDREA NALLELY CÁRDENAS MORANTE
DIRECTORA GENERAL DEL MEDIO UNIVERSITARIO
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

INTRODUCCIÓN

Nota inicial

Sí, “el viento sopla donde quiere”, escribe san Juan, con su estilo enigmático, en el diálogo que sostiene Jesús con Nicodemo (3,8). El tema es sobre el nuevo nacimiento, y entonces el evangelista estampa esa frase misteriosa. En una primera aproximación nada tenemos en contra, sin embargo, no podemos dejar de sentir cierta extrañeza: ¿a qué viene la alusión al viento? Luego, al terminar de leer el versículo, comenzamos a entender: “...oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu”. Un nacer de nuevo que apunta ya a un horizonte desconocido, que tiene que ver con lo no programable, con la libertad: la vida en el Espíritu. Introducirnos en este camino del Espíritu —camino de aventura— es el intento del trabajo que aquí comenzamos.

Al empezar esta reflexión sobre un tema tan trascendental, lo hacemos sintiéndonos parte de este mundo, en toda su complejidad y en su realidad de sufrimiento y fragilidad, y que sigue levantando la voz, clamando justicia, en una situación de impotencia, frente a una maquinaria poderosa de destrucción y de muerte. En muchas partes del mundo la humanidad clama, como reza el salmo, “desde lo más profundo” (Sal 130,1) de su desgra-

cia, en la esperanza de ser escuchada. Se siente la necesidad urgente de restablecer la justicia y en consecuencia, el auxilio de alguien capaz de fortalecer y consolar al débil, de “levantarlo del polvo”: la necesidad de un Paráclito.

Al rehacer el itinerario de nuestra vida, cuando traemos a la memoria nuestra historia y reflexionamos sobre el camino recorrido, es imposible no reconocer la presencia misteriosa de Alguien que nos formó en las entrañas maternas, que nos conoce, nos ha guiado y nos inunda con su presencia amorosa, como canta el salmista (Sal 139). Se trata de una presencia delicada, que nos envuelve de una manera firme y segura, haciéndonos sentir una confianza nueva. Es la presencia del Espíritu que, al igual que la sabiduría, es un tesoro inagotable, más precioso que todas las riquezas de la tierra (Sab 7,21-29).

La reflexión cristiana y la comunidad creyente en general siempre han colocado el tema del Espíritu en el centro de su interés e identidad. El Espíritu es una presencia insuprimible, de un valor determinante.

a. El paradigma cultural

Los analistas sostienen que vivimos un cambio de época, el cual se explica como una nueva cultura. “Con la palabra ‘cultura’ se indica la manera particular con que en un pueblo determinado los hombres cultivan su relación con la naturaleza, sus relaciones mutuas y con Dios” (Conferencias

Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Puebla 386).

Cultura es el conjunto de sentidos y significados, valores y modelos que han sido incorporados y subyacen en la vida de una sociedad concreta. Es así como se entiende el *ethos* cultural, el modo particular de vivir y habitar éticamente de una comunidad histórica.

La cultura también incluye experiencias que van más allá del campo material, y llegan hasta el imaginario y simbólico, explican el saber y la conducta de un pueblo, y le ayudan a encontrar el sentido de su vida.

b. Vivir la fe hoy

Actualmente nuestra vida se desenvuelve en medio de un mundo donde coexisten opiniones y creencias muy variadas. Desaparecieron, para el cristiano, los apoyos institucionales y ambientales de que había gozado durante los siglos de la Iglesia de cristiandad. Nos toca vivir la fe a la intemperie, en la noche, como el pueblo de Israel en el exilio. Pero el Espíritu no nos abandona.

Actualmente la *mistagogía*¹ ha de ser una tarea prioritaria de la pastoral de la Iglesia en todos sus sectores. Nos puede suceder que demos prioridad a la preocupación por la ortodoxia en la fe y la práctica de la moral, en lugar de la atención a la

¹ *Mistagogía* es una estructura pedagógico-religiosa que consiste en una iniciación al Misterio.

mistagogía, como se puede ver en tendencias o énfasis mostrados en la predicación, en la teología y en el mismo magisterio eclesiástico.

En el Discurso llamado “de Adiós” que Jesús dirige a sus discípulos, refiriéndose al Espíritu Santo, dice: “el mundo no lo ve, ni lo conoce” (Jn 14,17). Parece que se tratara de un desconocido, y para comprobarlo bastaría con preguntar a un cristiano del pueblo ordinario quién es el Espíritu Santo. Tal vez escucharíamos la respuesta que recibió Pablo cuando preguntó a los cristianos de Éfeso si habían recibido el Espíritu Santo al ser bautizados: “Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo” (Hech 19,2).

I. EL ESPÍRITU EN LA ESCRITURA: *LEER AL ESPÍRITU*

¿De qué forma comenzar la incursión por un tema tan central en nuestra fe? Partimos de las fuentes, y en concreto, de la principal: la Palabra de Dios en la Escritura.

La presencia del Espíritu es una constante en la Biblia, aunque siempre de forma difusa y no sistematizada. Es el hilo conductor de toda la Palabra de Dios, sin que los autores bíblicos hayan plasmado su presencia y acción en un sistema dogmático. Es una experiencia vital, globalizante y unificadora de las diversas dimensiones y etapas de la revelación del misterio divino en la historia de la humanidad.

El Espíritu es el que habló por los profetas, el que inspiró a los escritores sagrados para que transmitieran, desde sus categorías mentales y culturales, la Palabra de Dios. “Todas las palabras de Dios contenidas en las Escrituras... están llenas del Espíritu Santo” (Hilario de Poitiers, *Comentarios a los Salmos*, p. 118). Gracias al Espíritu la comunidad cristiana puede avanzar en la verdadera comprensión de la Escritura, es decir, la comprensión espiritual.

¿Qué encontramos en la Escritura como dato fundante de nuestra fe? Comenzamos por el aspecto lexicográfico:

La locución “Espíritu Santo”, tan común en el lenguaje cristiano, es rara en la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento (AT) aparece sólo tres veces en el hebreo del Texto Masotérico² y dos en el griego de la LXX.³ En el Nuevo Testamento (NT) es mucho más frecuente. En cambio, *pneuma* (espíritu) aparece 101 veces. Por eso el tema bíblico del Espíritu no es etiquetable con la locución “Espíritu Santo”. En el AT generalmente remite al fenómeno cósmico del viento (*rúah*), mientras que en el NT tiene valor teológico.

Algunas expresiones genitivas abstractas pueden resultar problemáticas, por ejemplo, en el AT: espíritu de celo, espíritu de sabiduría, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y temor del Señor (Is 11,2); y en el NT: espíritu de verdad, espíritu de vida, espíritu de esclavitud y espíritu de adopción.

Otro aspecto lexicográfico se refiere a los verbos que describen la acción del *rúah-pneuma*. En el AT: irrumpe, se adueña, se apodera, cae sobre, entra en, se derrama, empuja, lleva lejos, toma, arroja... En el NT: desciende, viene, llena, reposa sobre, entra, habla, grita, está listo, vivifica, socorre e intercede, calienta, fructifica... No está a disposición

² Texto hebreo.

³ Versión griega del Antiguo Testamento.

de los hombres, sino que expresa la trascendencia y lo imprevisible de Dios.

Normalmente el NT usa para designar el viento los términos *ánemos* o *pnoé*. En cambio, en el AT no hay diferencia terminológica para indicar la intervención de Dios, tanto en el hombre como en los fenómenos cósmicos se habla de *rúah* (espíritu de Dios).

Antiguo Testamento

Encontramos tres líneas de fuerza principales: la dimensión creadora, la profética y la sapiencial.

a. El Espíritu creador

En todas las religiones y culturas notamos esta experiencia común respecto a Dios: Él es el creador de la naturaleza. No obstante, en Israel la experiencia primera o fundante no es la creación, sino la vivencia del Éxodo. La de Dios creador es posterior, y no se plasma sino hasta el tiempo del exilio,⁴ en contacto con otras culturas y religiones.

En el texto de Gn 1, sacerdotal y postexílico, Dios creador es presentado con tres atributos fundamentales: iniciador de la creación, ordenador o arquitecto del cosmos y vivificador del universo. No se trata de características de Dios, sino de su personalidad espiritual, la *rúah* que aleteaba sobre el caos primitivo. El Espíritu es a la vez el iniciador

⁴ Se trata del exilio en Babilonia, años 587-538 a. C.

del universo, el sopro que da vida, la sostiene, fecunda, mantiene y ordena. El Dios bíblico estampa su firma en el orden del mundo, como lo presenta el Génesis, es el sello de su *rúah*, en oposición al caos: es la manera propia de iniciar, sostener y vivificar lo creado.

En Gn 1,26 encontramos una especie de diálogo interior de la divinidad, un “hagamos al hombre a nuestra imagen”, que para algunos Padres de la Iglesia manifiesta un diálogo trinitario. El Espíritu es el lugar del diálogo divino y del diálogo entre Dios y la humanidad. En Gn 2, en cambio, el rostro de Dios en vez de como un ordenador aparece en una forma más antropomórfica: creador, artista y poeta. Insufla en la nariz del humano un sopro de vida, y lo convierte en ser viviente.

La teología ecológica ve en el Espíritu creador una fuente continua de inspiración y de luz. El desastre actual en este ámbito es lo opuesto al Espíritu creador: significa una vuelta al caos primordial, que engendra muerte en vez de vida. A este Espíritu creador lo encontramos en otros lugares del AT: la visión de Ezequiel (los huesos secos): 37,1-14, y los Salmos que le cantan como fuente de vida y de aliento: 33,6; 104,29-30. La creación primera culminará en la nueva creación de la Pascua de Jesús: el Espíritu se derramará sobre los apóstoles, sobre la primera comunidad de Jerusalén y sobre toda carne.

Los santos Padres, tanto de Oriente como de Occidente, han subrayado la actividad del Espíritu en la creación, como aliento divino que anima y

vivifica todo. De una manera silenciosa, el Espíritu está presente en la historia, actuando de forma “anónima” en todas partes: las religiones, la cultura, el arte y la ciencia.

b. El Espíritu profético

Se va manifestando mediante personajes elegidos por Dios —los profetas— para que hablen en nombre de Yahvé. Ellos se convierten en portavoces autorizados de Dios. Su misión es recordarle al pueblo las promesas divinas y llamarlo a convertirse a Dios y a su proyecto.

Los profetas viven una experiencia del Espíritu, en la que se manifiesta su acción. Tal experiencia se encuentra en la raíz de su vocación profética, los acompaña en el ejercicio de su misión y los capacita para ella. Esa misión consiste en anunciar, denunciar y transformar la realidad. Su misión es ingrata, pues tienen que enfrentar contradicciones. Pero la fuerza del Espíritu los volverá capaces de superar las pruebas. Deberán sobreponerse a la tentación de silenciar su voz y pronunciar oráculos halagadores a los reyes, como hacían los “profetas cortesanos” (falsos profetas).

Los profetas anuncian la llegada de los tiempos del Mesías, cuando Él, lleno del Espíritu, hará que se practiquen el derecho y la justicia a favor de los pobres (Is 11,1-9). El texto de Is 11,1-3 ha servido de base para el desarrollo teológico y espiritual de los siete **dones** del Espíritu, que describen la actuación del Espíritu en las personas: *sabiduría*

para amar a Dios de todo corazón; *inteligencia* para acercarse al misterio de Dios; *consejo* para ver el camino a seguir; *fortaleza* para emprender grandes obras; *ciencia* para conocer a Dios y todas las cosas en relación con Él; *temor de Dios*, que es el respeto en referencia a Dios, principio de toda sabiduría, al que se añade la *piEDAD*, que es afecto filial hacia nuestros padres.

Los **frutos** del Espíritu son amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (Gál 5,22-23), virtudes humanas que se potencian en su relación con el Espíritu que actúa en nosotros, guiando nuestras acciones.

El Segundo Isaías presenta al personaje misterioso conocido como el Siervo de Yahvé, que predica la verdadera fe, expía con su muerte los pecados de su pueblo y es glorificado, como leemos en los cuatro poemas: 42,1-9; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12. La misión del Siervo es suscitada por el Espíritu: no partir la caña quebrada ni apagar la mecha mortecina, implantar la justicia, abrir los ojos de los ciegos y sacar de la cárcel a los que viven en tinieblas.

En el Tercer Isaías, el Espíritu unge al profeta para que anuncie la liberación, la justicia y la paz a los que retornan desanimados del exilio.

Finalmente, se anuncia que en los últimos días el Espíritu se derramará sobre toda la humanidad (Jl⁵ 3,1-3; *r. cfr.* Hech 2,16-18).

⁵ Joel.

Las tradiciones más antiguas sobre la intervención histórico-salvífica de la *rúah* se refieren a dos categorías de hombres, que en la historia de Israel tuvieron un papel decisivo: los profetas, quienes fueron los hombres de la palabra y la revelación, y los jueces y reyes, hombres de acción y responsabilidad política. En una primera fase de su actuación los profetas mostraban expresiones de entusiasmo irracional, colectivo y descompuesto. Se trataba de fenómenos extáticos⁶ en los que la Palabra estaba ausente. Era un *pneuma* sin *logos*.

Esta forma de nabismo (profetismo) popular se diferencia y distancia del profetismo clásico de los siglos VIII y VII, anterior al destierro: Oseas, Amós, el Proto-Isaías, Miqueas, Sofonías, Nahum, Habacuc, Jeremías. Después de los grandes personajes, que van de Oseas a Jeremías, la figura del profeta ha purificado su propia imagen. Estos grandes profetas han llevado al primer plano el valor de la palabra de Dios.

Al principio de su ministerio Ezequiel tiene una visión inaugural misteriosa, y percibe como su centro “una *rúah* impetuosa proveniente del norte” (1,4.12.20.21), reflejo de la gloria del Señor. Y el Déutero-Isaías, en pleno destierro babilónico, dice: “Y ahora, el Señor Dios me ha enviado su Espíritu” (Is 48,16). Y el Trito-Isaías, profeta anóni-

⁶ En éxtasis.

mo de los repatriados, proclamará: “El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido, me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres...” (Is 61,1), donde se establece una relación entre la presencia del Espíritu de Dios y la misión evangelizadora de quien es su depositario. Este texto será determinante en la visión lucana de la identidad y el ministerio de Jesús (*r: cfr.* Lc 4,16-21). Con estos datos de fondo, después del destierro, la historia de Israel podrá interpretarse como una incesante relación dialéctica entre las intervenciones pneumáticas de los profetas y el endurecimiento del corazón del pueblo.

c. El Espíritu y el Mesías

La asociación entre estas dos entidades es algo típico de la escuela de Isaías, cuyo texto clave (en este punto) es Is 11: “Sobre él reposará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de conocimiento y de temor de Dios ...”. El Déutero-Isaías presenta la misteriosa figura de un siervo de Yahvé, al que califica como “mi elegido, en quien mi alma se complace” (Is 42,1) y añade, “He puesto sobre él mi espíritu, para que traiga la justicia a las naciones”.

Después del exilio el Trito-Isaías vuelve sobre el tema: “El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido, me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres” (Is 61,1a).

Ezequiel, como comentando la profecía de Jeremías sobre la “nueva alianza” y la ley que se escribirá en los corazones (Jer 31,31-34), se expresa en estos términos inauditos: “Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo..., infundiré mi espíritu en ustedes y haré que vivan según mis preceptos y guardando mis leyes” (Ez 36,26-27).

Nada expresa mejor la vida que viene del Espíritu que la dramática descripción que hace el profeta Ezequiel de la reanimación de los huesos secos: “Yo mismo les infundiré un espíritu y vivirán; les daré nervios, haré crecer la carne y la recubriré de piel; y les infundiré un espíritu para que vivan” (Ez 37,5-6).

La fuerza de los profetas reside en la palabra que denuncia las injusticias cometidas por los poderosos contra los débiles y vulnerables. Por eso los profetas de ayer y de hoy son perseguidos, encarcelados, torturados y víctimas de muertes violentas. Pero ellos anuncian un mundo nuevo, un hombre nuevo con un corazón y un espíritu nuevo. Consuelan y animan al pueblo a mantener firme la fe y la esperanza. Fundamentalmente, el profeta es un intérprete de la crisis. Los profetas buscan renovar la alianza perenne que Dios hizo con el pueblo, y revolucionan la realidad perversa mediante un espíritu recto y un corazón nuevo. Por eso los profetas están siempre mezclados en la política, ya que es en este campo donde se producen las injusticias, pero también en el que pueden realizarse las transformaciones necesarias.

d. Espíritu interior y sapiencial

La experiencia profética se fue purificando a través de la historia, en los sufrimientos y fracasos. Poco a poco se introdujo la teología del pequeño resto, pueblo humilde y profético, los *anawim*, los pobres de Yahvé, y desembocó en una religión del corazón, llena de sabiduría. Y llegamos así al campo de la interioridad sapiencial del Espíritu, huésped interior del corazón humano.

Los libros sapienciales (Job, Proverbios, Eclesiastés o Qohelet, Eclesiástico o Sirácida y Sabiduría) muestran una estrecha relación entre Sabiduría y Espíritu. La Sabiduría representa una cierta personificación femenina del Espíritu. Ambos son sutiles, trascienden lo material, son puros, penetrantes, inteligentes, infinitos, gozan de un saber y un poder ilimitados, son benévolos. Recordamos el texto del libro de la Sabiduría:

...hay en ella [la Sabiduría] un espíritu inteligente, santo, único, múltiple, sutil, ágil, perspicaz, immaculado, claro, impasible, amante del bien, agudo, incoercible, bienhechor, amigo del hombre, firme, seguro, sereno, que todo lo puede, todo lo observa, penetra todos los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles (7,22-23).

Conclusión del AT

Hay un proceso largo de maduración entre el Espíritu que planea sobre las aguas y la acción vivificante del Espíritu en la historia, la penetración interior

y renovación de toda la creación. Este proceso se explicitará y profundizará en el NT.

Todo el AT está lleno de la presencia de la Palabra, de la Sabiduría y del Espíritu que actúa también en miembros y representantes de pueblos extranjeros, y que son alabados en el NT. Jesús mismo admira y alaba la fe de extranjeros y paganos (por ejemplo, la mujer siro-fenicia y el oficial romano), y los invita al banquete del Reino.

Nuevo Testamento

Panorama

El Espíritu continúa su obra creadora, que vamos encontrando en las páginas del NT: reposa sobre María, madre del Señor; desciende sobre Jesús en el Jordán y guía su vida profética; hace nacer la Iglesia del costado de Jesús crucificado; resucita a Jesús de entre los muertos y, como don del Resucitado, inspira y moviliza el kerigma eclesial en los Hechos, en Pablo y en los escritos joánicos.

a. El Espíritu y la misión de Cristo

Esta línea, típica de los escritos lucanos, tiene una profunda conexión con el AT. La Mariología que se irá desarrollando a lo largo de la historia de la Iglesia explicita la profunda relación entre María y el Espíritu, que hace de ella la madre de Jesús y el icono de la Iglesia.

Los Padres orientales sostienen que la finalidad última de la encarnación es la comunicación del Espíritu a la humanidad. Juan Bautista había anunciado que llegaría alguien más fuerte que él, y que bautizaría en Espíritu Santo y en fuego (Lc 3,16).

El Espíritu llena a Jesús y le conduce al desierto, donde será tentado, y se verá obligado a discernir el tipo de mesianismo que deberá aceptar: uno de poder y prestigio o uno pobre y humilde del Siervo de Yahvé. Cuando Jesús lee en la sinagoga de Nazaret el fragmento de Is 61,1-2: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la buena nueva...” y afirma que todo eso “se ha cumplido hoy”, está reconociendo que es movido por el Espíritu profético para realizar su misión. La misión de Jesús no se puede comprender si se separa de su unción mesiánica por el Espíritu.

En Pentecostés la Iglesia nace por la fuerza del Espíritu. El Espíritu hace surgir la primera comunidad cristiana, caracterizada por compartir sus bienes, la enseñanza de los apóstoles, las oraciones y la fracción del pan. La Iglesia naciente, guiada por el Espíritu, aprende a superar todo tipo de particularismo⁷ —inmediatamente el judaizante— y a adoptar la universalidad. A pesar de estas lecciones primeras, válidas para todos los tiempos, la Iglesia no acaba de asimilar, y a lo largo del tiempo ha caído en particularismos de cultura, religión o época his-

⁷ Atención excesiva a la propia situación, con descuido de las otras.

tórica, desde una catolicidad mal interpretada. Los Hechos de los Apóstoles son un verdadero canto al Espíritu que hace nacer y crecer la Iglesia.

En momentos de noche oscura eclesial es recomendable nutrirse con la lectura de los Hechos de los Apóstoles, para recobrar la confianza en la fuerza del Espíritu, que vence todas las resistencias y prosigue la misión de Jesús: el anuncio del Reino de Dios (Hech 28,30).

b. El Espíritu, don del Resucitado

Al atardecer del día de Pascua, Jesús, mediante el gesto de soplar sobre los discípulos, les entrega el Espíritu Santo, con el que podrán perdonar pecados (Jn 20,22-23). Para el evangelista Juan este primer día de la semana pascual simboliza el comienzo de una nueva creación, en la que la vida triunfará definitivamente sobre el pecado y la muerte.

La dimensión profética del Espíritu se manifiesta sobre todo en los textos en los que Jesús promete a sus discípulos otro Paráclito, que es abogado, intercesor, consolador, Espíritu de la verdad que les enseñará, les recordará, les conducirá a la verdad plena, les anunciará el porvenir. Su misión no significa simplemente la de hacer memoria, sino la de llevar a la comprensión plena del mensaje de Jesús. El Espíritu actuará frente al mundo como acusador y fiscal, y defenderá a los discípulos en sus persecuciones y dificultades. El mandamiento del amor es fruto del Espíritu y signo de la presencia del Espíritu que se nos ha dado.

En el Apocalipsis es llamado “Espíritu de profecía” (19,10), y se hace presente y actúa incesantemente en las Iglesias, les da fuerza en medio de las persecuciones e inspira en ellas el clamor, para que venga el Señor Jesús (Ap 22,17).

Los aspectos más sapienciales del Espíritu aparecen en las cartas joánicas. Ahí encontramos la afirmación de que los creyentes han recibido la unción del Espíritu (1Jn 2,20), que les enseña todas las cosas sin necesidad de que nadie venga a adoctrinarlos (1Jn 2,27). Sin embargo, la 1Jn exhorta también al discernimiento de espíritus. El amor a los hermanos es el criterio para saber si estamos viviendo esta nueva existencia. El Espíritu que nos ha sido dado hace que moremos en Dios, y Dios en nosotros.

c. La Transfiguración

La transfiguración de Jesús, episodio evangélico especialmente valorado por los Padres del Oriente, simboliza la acción del Espíritu en la historia: anticipa la gloria del Reino futuro en nuestro mundo, en medio de la *kénosis*, la pasión y la cruz de nuestra historia.

La transfiguración incluye todas las esferas de la vida humana: economía, vida social y política, cultura, ecología, historia y tierra, ciencia y belleza..., hasta hacer de todo un anticipo de la Nueva Tierra, donde la injusticia y el pecado son exorcizados. En ella se tejen relaciones de comunión y fraternidad, se celebra una liturgia cósmica donde la injusticia y el pecado son exorcizados.

Nuestro tiempo es de pasión, como en exilio, que hoy se experimenta vivamente en algunas regiones, como América Latina. El fruto de la transfiguración es la liberación.

Debemos tener en cuenta que nuestra fe en el Espíritu no se limita a su acción en la Iglesia, sino que contempla la transfiguración de toda la creación y la comunión de los santos.

Síntesis paulina

“EL SEÑOR ES EL ESPÍRITU, Y DONDE ESTÁ EL ESPÍRITU
DEL SEÑOR, ALLÍ ESTÁ LA LIBERTAD”
(2COR 3,17-18).

“NO NOS DIO EL SEÑOR UN ESPÍRITU DE TIMIDEZ, SINO DE
FORTALEZA, DE CARIDAD Y DE TEMPLANZA”
(2TIM 1,7)

Pablo no conoció al Jesús histórico. Gracias al Espíritu, le fue revelado el misterio de Jesús (1Cor 2,10), y por Él reconoció a Jesús como Cristo y Señor. Experimenta en su conversión que la vida nueva en el Espíritu brota del Resucitado, que va a expresarse bajo el simbolismo del hombre nuevo en Cristo. Rom 8 es una descripción muy rica de esta vida en el Espíritu, la cual conlleva un proceso de tensión, de lucha entre la “carne” (la tendencia personal de resistencia a

Dios que arrastra a la muerte) y el “Espíritu” (el nuevo principio de acción que conduce a la vida).

El principal fruto del Espíritu es el amor. El Espíritu de filiación nos ha sido dado, y gracias a él, el amor ha sido derramado en nuestro corazón (Rom 5,5). La experiencia paulina del Espíritu es comunitaria y eclesial. La sabiduría paulina es la locura de la cruz, que comporta una transformación total, ética y mística, a imagen de Cristo Jesús.

La novedad de la vida cristiana, en la visión paulina, viene de la antítesis ley-Espíritu, hombre viejo-hombre nuevo, carne y muerte frente a Espíritu y vida. Si para Pablo la acción del Espíritu es globalizante, al mismo tiempo también es procesual e histórica, y no excluye el conflicto.

“La afirmación de san Pablo es categórica. La vocación cristiana es una vocación a la libertad. El cristiano es un hijo, no un mercenario o un esclavo. ‘Ustedes, hermanos —escribe a los gálatas—, han sido llamados a la libertad... Si se guían por el Espíritu, no están bajo la ley’ (Gál 5,13.18)”.⁸ Estas afirmaciones y otras parecidas han escandalizado no solamente a los judíos, sino a más de un cristiano. Es increíble encontrar entre cristianos una resistencia a la libertad que nos trae el Espíritu. Parecería que se prefiere una actitud de sumisión a estructuras rígidas y esclavizantes que pretenden ofrecer una seguridad que al final resulta ser falsa.

⁸ I. de la Potterie, SJ y S. Lyonnet, SJ, *La vida según el Espíritu*, Sígueme, p. 117.

Desde su tiempo hasta nuestros días, Pablo ha sido el blanco de una hostilidad o al menos de una dolorosa incompreensión, explicables por su postura respecto de la ley y por su predicación de la libertad cristiana. A pesar de su esfuerzo por hacerse todo a todos, cuando el principio de la libertad cristiana está en juego, nada lo detiene (Gál 2): para Pablo no se trata de un punto accidental; la fe en Cristo está comprometida.

Podríamos resumir así la doctrina de Pablo sobre la libertad cristiana:

El cristiano, animado por el Espíritu, y en la medida en que es tal, se encuentra libre en Cristo, no sólo de la ley mosaica en cuanto mosaica, sino también de la ley mosaica en cuanto ley: de toda ley que constriña al hombre desde el exterior, sin llegar a ser por eso mismo un ser amoral, más allá del bien y del mal...⁹

Para que el cristiano pueda ser salvado se necesitan condiciones: liberación del pecado, de la muerte, de la carne y, por último, no menos importante, de la ley. San Pablo opone a la ley mosaica, no otra ley, sino la gracia (Rom 6,8). “La ley del Espíritu es lo que llamamos la ley nueva”.¹⁰ Para santo Tomás la ley nueva se identifica ya sea con la persona del Espíritu Santo o con la actividad en nosotros del mismo Espíritu.

⁹ *Ibid.*, p. 178.

¹⁰ Santo Tomás, comentario a la Carta a los Romanos.

Con el lenguaje paulino más propio, el párrafo de Gál 5,16-25 puede ser definido como una efusión “en la distribución del Espíritu” (Filip 1,19). Pocos textos como el antes citado profundizan en el significado de la efusión del Espíritu. Con una confrontación entre las obras de la carne y el fruto del Espíritu, Pablo describe la lucha continua entre los dos caminos principales para la existencia personal y eclesial de los creyentes.¹¹

a. La paráclisis¹² del Espíritu

Con frecuencia la ética paulina es definida como *parenesis*: una exhortación moral externa y centrada en el imperativo ético del “tú debes”. Es una interpretación equivocada, que viene desde Friedrich Nietzsche, y que ha llegado a ser dominante para el modo común de entender la ética cristiana. En realidad, la ética paulina está radicalmente injertada en la acción del Espíritu, el “Paráclito” por *antonomasia*: aquel que conforta, consuela, entusiasmo y exhorta, obrando en el corazón de los creyentes.

El creyente es animado a “caminar” (Gál 5,16), a “dejarse conducir” (Gál 5,18), a “vivir” y a “pro-

¹¹ Para completar el estudio de san Pablo y el Espíritu, *cfr.* Antonio Pitta, “Il frutto dello Spirito (Gal 5,16-25)”, en: *Il fuoco della Parola*, bajo el cuidado de Nuria Calduch-Benages *et al.*, GBP, San Paolo, pp. 149-158.

¹² Súplica, que trae como efecto consolación, ánimo, entusiasmo.

seguir” (Gál 5,25) en el Espíritu, según los verbos principales que ritman su acción en Gál 5,16-25. En cambio, el verbo *exhortar* y el correspondiente sustantivo *exhortación* no se encuentran en las cartas paulinas.

Con esta aclaración la ética cristiana no se explica desde el cumplimiento de la ley, sino que brota de la efusión del Espíritu infundido por el Señor en el corazón de los creyentes (Rom 5,5). No se trata, pues, de una moral impuesta desde lo exterior, sino de una ética efusiva del Espíritu y propuesta por Pablo a las primeras comunidades cristianas. Por tanto, en vez de *parenesis* (exhortación), la ética paulina corresponde a una *paráclisis* (consolación).

El segundo rasgo dominante de la ética de Gál 5,16-26 radica en el primado del amor. Los creyentes son exhortados a no confundir la libertad con el libertinaje, sino más bien a ponerse al servicio los unos de los otros. En el exordio de Gál 5,16-26, Pablo sostiene que toda la Ley llega a su cumplimiento en una sola palabra: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

El tercer pilar de la ética paulina es la relación con Jesucristo (Gál 5,24). La relación con su muerte y resurrección es la fuente inagotable de la ética cristiana. Como una gracia, el crucificado es el inicio imprescindible del ser cristiano, pues Sin Él el cristianismo sería una simple ideología y una asociación cultural más. Únicamente la cruz de Cristo nos otorga carácter de identidad como cristianos.

La cuarta columna de la ética paulina es la orientación hacia el futuro del encuentro con Cristo (Gál 6,5), expresada en la tensión entre haber crucificado la carne con sus pasiones y vivir según el Espíritu. Así, la ética propuesta por Pablo es la de la acción efusiva del Espíritu, no la del deber, la del simple mandamiento.

b. Carne y Espíritu

La vida cristiana es una lucha permanente entre la carne y el Espíritu. Los términos *carne* y *espíritu* se refieren a la persona humana entera y no sólo a una parte de ella. La lucha se da en la propia existencia, donde cada uno enfrenta tensiones cotidianas. Entre los pasajes más significativos de las cartas paulinas sobre este conflicto destaca Rom 7,7-25, donde la condición trágica del ser humano es representada.

Siendo realistas y humildes debemos aceptar que, aunque seamos guiados por el Espíritu, el conflicto con la carne continúa. Y que no obstante las pasiones y deseos de la carne, el Espíritu es capaz de vencerla. Al creyente no se le ahorra esta lucha, porque tal condición lo hace semejante a todos los seres humanos. Pero somos conscientes de que en medio de nuestra debilidad el Espíritu actúa, y así, como Pablo podemos decir: “cuando soy débil, entonces soy más fuerte” (2Cor, 12.10), porque actúa en mí la fuerza de Cristo.

John Henry Newman sostenía que “la justicia justificante consiste en la venida y la presencia del

Espíritu Santo en nosotros”.¹³ Sin el Espíritu la Escritura no contendría la Palabra de Dios, la fe no sería operante en el amor (Gal 5,6) y la gracia no se transformaría en agradecimiento.

En la libertad como servicio el creyente es alimentado y guiado por el Espíritu: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, ahí está la libertad” (2Cor 3,17). Después de tantos siglos la Carta a los Gálatas, como manifiesto de la libertad, continúa interpelando y nutriendo al creyente en cualquier condición en que se encuentre, y en todo ministerio que realice en la Iglesia y en el mundo contemporáneo.

El Espíritu Santo en el Evangelio Joánico

En busca de respuestas a la pregunta sobre la identidad del Espíritu de Dios, abramos el Evangelio de Juan. Concretamente en el Discurso de Adiós (13,31-16,33), en el que Jesús ofrece una revelación especial conocida como su “Testamento”, aquello que sus discípulos deberán recordar siempre. Aunque en estos capítulos encontramos algunos temas centrales de la teología joánica, como el mandamiento del amor, la vid y los sarmientos, y la exhortación a permanecer en su amor, nos centraremos en los versículos donde es presentada la enseñanza sobre el Espíritu Santo. Para ayudarnos

¹³ J. H. Newman, *Lectures on the Doctrine of Justification*, Christian Classics, Westminster, MD, 1966, p. 139.

en su comprensión los consideraremos desde una perspectiva que los unifica, dándoles sentido y coherencia: la *revelación* (¿qué nos revela Jesús sobre el Espíritu en estos versículos?).

1. *Un don permanente. Jn 14,16:* “[Si me aman, observarán mis mandamientos] y yo rogaré al Padre y les dará otro *Paráclito*, para que esté con ustedes para siempre”.

El texto se encuentra inserto en una perspectiva trinitaria (14,15-26). Se habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo primero que llama la atención es el nombre que el mismo Jesús le da: *Paráclito*, término que en este evangelio sólo se usa en el Discurso de Adiós. Según el texto, se trata de un don que el Padre concede, gracias a la intercesión de Jesús, en favor de sus discípulos. En realidad, una forma frecuente de referirse al Espíritu Santo en el NT es precisamente como “don” (por ejemplo, Hech 2,38: Pedro les contestó: “Conviértanse, y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de sus pecados; y recibirán el **don** del Espíritu Santo”); y en las cartas paulinas: “No **nos dio** Dios un Espíritu de timidez, sino de fortaleza, de amor y de templanza” (1Tim 1,17).

El don referido en el texto joánico está dependiendo de una condición, señalada en el versículo precedente: el amor a Él, manifestado en la observancia de los mandamientos: “Si me aman, observarán mis mandamientos”.

En la 1Jn encontramos un paralelo muy claro: “El amor de Dios consiste en cumplir sus manda-

mientos” (5,3). El uso del plural (*mandamientos*) alude al conjunto de la revelación y enseñanza de Jesús a lo largo de su misión y ministerio.

Su importancia se deduce de la consecuencia, que parece causada por la intercesión de Jesús: *rogaré al Padre*. En su oración de despedida, la llamada “Oración Sacerdotal”, Jesús ejerce ya esa actividad de *rogar* por los suyos: “Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos...” (17,9). En el Evangelio de Lucas había ya una secuencia en la que el **don** del Paráclito estaba asociado con la oración:

También les aseguro: pidan y se les dará, ...¿Qué padre hay entre ustedes que, si su hijo le pide un pan le da una piedra...? Si pues, ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el **Padre del cielo dará el Espíritu Santo** a aquellos que se lo pidan! (11,9-13).

Jesús habla de *otro* Paráclito. ¿Quién es el primero? El propio Jesús, que ejerce un papel de intercesor, según se concluye del texto de 1Jn 2,1: “tenemos un **abogado** ante el Padre, Jesucristo el justo”.

El nombre que usa Jesús, Paráclito, es típico de la literatura joánica. La tradición cristiana ha identificado este personaje con el Espíritu Santo. Sobre el significado del término podemos distinguir, con R. Brown,¹⁴ dos de tipo “forense”: *abogado*, del verbo *interceder*, y *suplicante*, *intercesor*,

¹⁴ R. Brown, *Giovanni*, pp. 1491-1492.

y otros de acento “no forense”: *consolador* y uno que *exhorta*.

Este Espíritu/Paráclito estará presente en los discípulos, pero no será corporalmente visible, como lo ha sido Jesús. Su presencia consistirá precisamente en morar en los discípulos para siempre: “para que esté con ustedes para siempre”. Es el único rol que se le atribuye en este primer texto. Realizará así la promesa del Emmanuel, Dios con nosotros, de Is 7,14. La presencia de Dios en medio de su pueblo significa ayuda, salvación, guía. Es un motivo central en el AT, como vemos en Ex 34,9: “Y dijo: ‘Señor mío, si he obtenido tu favor, ¡dígnese mi Señor ir en medio de nosotros! ...’”; y en Dt 2,7: “[...] hace ya cuarenta años que Yahveh tu Dios está contigo sin que te haya faltado nada”; y todavía en Sal 46, 8.12: “¡Con nosotros Yahveh Sebaot, nuestro baluarte el Dios de Jacob!”

2. *El Espíritu de la verdad. Jn 14,17*: “El Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; ustedes lo conocen, porque permanece en ustedes y estará con ustedes”.

El segundo texto añade una calificación del Espíritu: “Espíritu de la verdad”, expresión propia de los escritos joánicos (15,26; 16,13; 1Jn 5,6; 4,6). No se trata de una descripción esencial del Espíritu, sino de un *genitivo objetivo*: significa que el Espíritu comunica la verdad. Frente al mundo, se encuentra en oposición:

el mundo no puede recibirlo,¹⁵ porque es una entidad contraria al Reino de Dios (ya sea social, política, religiosa o simplemente una forma de situarse en la vida). Por eso se comprende que “el mundo” no pueda recibir al Espíritu. Sencillamente no lo ve, no es capaz de percibirlo y, por tanto, tampoco lo *conoce*. Sabemos que el *conocer* bíblico trasciende el ámbito de operación intelectual, y se coloca en el horizonte de relación personal y aceptación cordial.

En cambio, los discípulos en oposición al mundo lo conocen. La razón que aduce Jesús es, de nuevo, la presencia, una presencia especial, que tiene el carácter de duración. Se trata de una permanencia, presente y futura. La presencia y el conocimiento están, pues, en relación recíproca. Sobre esta presencia el profeta Ageo, en el momento de exhortar a la reconstrucción del templo, había escrito: “¡Tened ánimo, pueblo entero! ¡A trabajar! Porque yo estoy con ustedes —orá-

¹⁵ “El mundo” es un tema al que los escritos joánicos dedican especial atención. Puede designar: 1) la tierra de los hombres, en contraposición al Reino de Dios; 2) el conjunto de fuerzas hostiles a Dios, el “lugar” espiritual del rechazo de Dios. En este sentido, Satán es el príncipe de este “mundo”; 3) la humanidad amada por Dios y salvada por Cristo. En estos textos del Discurso de Adiós se trata del segundo significado. Para una información más completa, me permito una referencia a mi trabajo de tesis *El tema del Agape en la Primera Carta de san Juan*. Tesi Gregoriana, Pontificia Università Gregoriana, Roma 2004, p. 35.

culo del Señor— y mi Espíritu está en medio de ustedes. ¡No teman!” (2,4-5).

El Espíritu de la verdad se puede traducir como *vida verdadera*; es el Espíritu contrario al espíritu de mentira, del que vienen nuestros males. Es visible y reconocible en el Hijo. El mundo es incapaz de verlo y reconocerlo, porque no ha podido reconocer a Jesús. No hay que confundir la expresión del Espíritu de la verdad con una doctrina, algo que pudiera encontrarse en libros de teología o en documentos científicos. Jesús dice que “permanece” en nosotros y “estará” en nosotros: “Lo escuchamos en nuestro interior y resplandece en la vida de quien sigue los pasos de Jesús de manera humilde, confiada y fiel”.¹⁶ Además, estará siempre con nosotros, como nuestro defensor: “No los dejaré huérfanos” (14,18). No puede ser asesinado, como lo fue Jesús. Una forma de describir lo que puede ser nuestra conversión hoy, en el vivir la experiencia de Dios, es precisamente “la experiencia de vivir arraigados en su ‘Espíritu de la verdad’”.¹⁷ Según K. Berger, el significado de la expresión Espíritu de la verdad es que el término *verdad* indica la estable realidad de Dios.

3. *Un Espíritu que enseña y ayuda a recordar. Jn 14,26:* “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre envía-

¹⁶ J. A. Pagola, *El camino abierto por Jesús*. Juan. PPC, 2^a ed., Madrid, 2012, p. 193.

¹⁷ *Ibid.*

rá en mi nombre, Él les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto les dije”.

En esta tercera mención Jesús llama al Paráclito “Espíritu Santo”, el nombre con que será conocido en la comunidad cristiana. La invención del nombre, por tanto, no es nuestra, sino, según el texto joánico, del mismo Jesús. Es el único caso en el evangelio de Juan en que se encuentra la forma griega completa *to pneuma to hagion* (el Espíritu Santo), y en la que se ve la identificación del Paráclito con Él. Tiene su origen en el Padre, pues procede de Él: “que el Padre enviará”, y lo enviará en el *Nombre de Jesús*.

Jesús añade aquí dos funciones del Espíritu, que son dos de sus actividades a favor de los hombres: *enseñarles, y enseñarles todas las cosas; y recordarles todas las cosas que Jesús les dijo*. No se trata sólo de un recordar como actividad de la memoria, sino de una verdadera enseñanza, que equivale a la revelación. Gracias al Espíritu, los discípulos serán capaces de comprender el significado de las palabras de Jesús.

A propósito de esta actividad del Espíritu de *enseñarles todas las cosas*, es digno de señalarse lo que dice la 1Jn, que indica esta acción del Espíritu en los creyentes, a quienes instruye, estando con ellos y en ellos: “Pero tengan presente que la unción que de Él han recibido sigue estando en ustedes y no necesitan que nadie les enseñe” (1Jn 2,27). Es la acción del Espíritu como *Maestro Interior*. Se encuentra aquí una resonancia del Sal 25,5: “Guíame en tu verdad e instrúyeme”. Me parece importante lo que escribe Léon-Dufour a propósi-

to de este texto (1Jn 2,20.27): “A diferencia de los demás autores del NT, Jn no evoca un magisterio eclesiástico; subraya el don fundamental que marca (o debería marcar) a toda conciencia creyente”.¹⁸ Bíblicamente, enseñar significa interpretar auténticamente la Escritura. En Jn 6,45 Jesús había citado el texto profético: “Todos serán enseñados por Dios” (Is 54,13).

Con su enseñanza el Paráclito completa la educación de los discípulos. Por tanto, el *recordar* joánico no se restringe a una actividad de la memoria, sino que alude a una ayuda del Espíritu para comprender mejor el significado de las palabras de Jesús, como sugiere Léon-Dufour:

En el lenguaje bíblico, “recordar” implica no solamente el recuerdo de un hecho anterior, sino una toma de conciencia de su significado. Por ejemplo, cuando Jesús invita a los discípulos a recordar su gesto sobre los panes (Mt 16,9 = Mc 8,18).¹⁹

Parece que Juan tomó del AT el tema de la memoria, donde está muy presente. Por ejemplo, “En particular se ha podido decir que el Deuteronomio es en su totalidad una teología de la memoria”.²⁰

¹⁸ X. Léon-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan 13-17*, vol. III, Sígueme, Salamanca, 1995, p. 197 (orig. *Lecture de l'Évangile selon Jean III*. Edit. du Seuil, Paris, 1993).

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ O. Michel, *TWNT 4*, 1942, pp. 678-687; W. Schottroff,

Con el auxilio del Espíritu Santo el creyente es capaz de revivir la memoria de Jesús, no sólo como un recuerdo del pasado, sino como una presencia viva y actual, que inspira nuestra relación con Él, afectiva y cordial.

En el episodio de la purificación del templo, cuando Jesús se refirió al santuario de su cuerpo (“destruid este templo, y en tres días lo reconstruiré”), los discípulos no comprendieron. Luego el evangelista añade: “Pero Él hablaba del santuario de su cuerpo. Así pues, cuando fue resucitado de entre los muertos, sus discípulos se **acordaron** de que Él había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que había dicho Jesús” (Jn 2,21-22). Y después de la entrada triunfal a Jerusalén, Juan comenta: “Al comienzo, sus discípulos no comprendieron esto. Pero cuando Jesús fue glorificado, recordaron que todo lo que le había sucedido era lo que estaba escrito acerca de Él” (Jn 12,16).

4. Un Espíritu que da testimonio. Jn 15,26: “Cuando venga el Paráclito que yo les enviaré de junto a mi Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí”.

En esta nueva referencia al Paráclito se señala el hecho de su venida como un evento todavía no realizado (“cuando venga”), unido a una ac-

Gedenken im Alten Orient und im AT, Neukirchen, 1964;
X. Léon-Dufour, *La fracción del pan*, Madrid, 1983, pp.
139-156.

ción de Jesús, que es la de *enviarlo* a los discípulos, desde el Padre: “que yo les enviaré de junto a mi Padre”. Ahora es Jesús quien lo envía. Es su promesa, que consuela a los discípulos, entristecidos por la próxima partida de su Maestro; es su herencia, prometida en este Discurso-testamento. Con la venida del Paráclito, que ejercerá la función de Consolador, se llenará la ausencia del Maestro. Como Jesús es el enviado del Padre, el Paráclito es el enviado del Hijo.

Se repite la frase que identifica al Paráclito (el “Espíritu de la verdad”) que, al igual que la repetición ordinaria, refuerza una nota de la persona o del sujeto en cuestión. Asimismo, se reitera la idea de su procedencia, la cual acababa de afirmarse: “que procede del Padre”, enseñanza que será parte de la confesión de fe cristiana a propósito del Espíritu: “que procede del Padre y del Hijo”.

Al final del versículo se señala otra función del Paráclito que también indica una misión de los discípulos: dar testimonio de Jesús (“Él dará testimonio de mí”). Por primera vez aparece en el Discurso de Adiós el verbo dar testimonio. El contexto de los pasajes sinópticos paralelos (Mt 10,18.20; Lc 12,12) “es de una situación concreta ante los tribunales”,²¹ acorde a la confirmación de R. Brown: “El rol de dar testimonio en tiempos de persecución y de hacerlo por medio del testimonio de los

²¹ X. Léon-Dufour, *op. cit.*, 1995, p. 163.

discípulos es precisamente el rol atribuido al Paráclito en Juan 15,26-27”.²²

En cuanto a los destinatarios del testimonio del Paráclito y del de los discípulos, hay una diferencia: el del Paráclito se da a los discípulos, en su interior (atestigua en el corazón de los discípulos a favor de Jesús, para iluminarles su misterio y confirmarlos en su verdad), en cambio, el de los discípulos se ofrece ante el mundo, que con frecuencia será un mundo adversario. El objeto común del testimonio es el Hijo y su misterio, que en resumen trata de la revelación del Padre.

Igualmente, los discípulos están llamados a dar testimonio de Jesús con sus palabras y acciones, y aun con la propia vida. Encontramos un paralelo en Lc: “Porque el Espíritu Santo **les enseñará** en ese momento lo que deban decir” (12,12). En el libro de los Hechos, hallamos el testimonio de los apóstoles unido o apoyado por el Espíritu: “Nosotros somos testigos de estas cosas, nosotros y el Espíritu Santo que Dios ha enviado a los que le obedecen” (5,32). San Agustín, comentando este doble testimonio (de los discípulos y del Espíritu) escribía: “Puesto que Él hablará, también ustedes hablarán: Él en sus corazones, ustedes con las palabras; Él con la inspiración, ustedes con la voz”.²³ Así como el testimonio del Padre se encuentra en relación con el testimonio de Jesús, de un modo si-

²² R. Brown, *op. cit.*, p. 847.

²³ In Jo. CXIII, 1; PL 35, 1864.

milar el testimonio del Espíritu está vinculado con el de los discípulos.

Dar testimonio es una acción que recorre las páginas del Cuarto Evangelio. Así, dan testimonio Juan Bautista, Jesús, la mujer samaritana, Dios, las obras de Jesús, las Escrituras, la multitud, el Paráclito —15,26 (el texto aquí estudiado)—, los discípulos y el autor del Evangelio.

5. *Un Espíritu enviado por Jesús. Jn 16,7b.8:* “Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes. Pero si me voy, lo enviaré a ustedes, y cuando venga, convencerá al mundo acerca del pecado, de la justicia y del juicio”.

En la segunda parte de la cita (Jn 16,7b.8) aparece una relación misteriosa entre la partida de Jesús y la venida del Paráclito: ésta es condicionada, no al cumplimiento de los mandamientos, sino al paso de Jesús (su Pascua), su regreso al Padre: “porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes”. Y continúa con otra condición, pero formulada en positivo: “si me voy, entonces lo enviaré a ustedes”. El Paráclito es comprendido como la presencia del Jesús ausente. Ya en 7,39 se menciona: “Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado”. En estas palabras se encuentra implícito que es Jesús glorificado quien da el Espíritu y que el papel del mismo Espíritu/Paráclito es asu-

mir en la tierra el lugar de Jesús glorificado. Sin embargo, tal condición no deja de suscitar la duda de ¿por qué es conveniente para los discípulos que Jesús se vaya? Porque mediante la presencia interior del Paráclito y de su acción en el corazón de los discípulos, ellos llegan a comprender a Jesús. Estas palabras (“les conviene”), son las que Caifás había pronunciado al profetizar la reunión de los hijos de Dios dispersos (“les conviene que muera un solo hombre por el pueblo”: Jn 11,50).

Y entonces vendrá con una triple función, que resulta también enigmática: “Convencerá al mundo acerca del pecado, de la justicia y del juicio”. Los especialistas han considerado a éste como uno de los pasajes más difíciles de interpretar.

El verbo que usa el autor significa *arguere*, *convencer*, *amonestar a alguien acerca de un error*.²⁴ Por tanto, el Paráclito asume el papel de alguien que viene a demostrar. La TOB (Traduction Oecumenique de la Bible²⁵) traduce: “Y cuando vendrá [el Paráclito], demostrará la culpa del mundo en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio”. La condenación y la muerte humillante de Jesús deberían haber sido

²⁴ Me parece digna de consideración la traducción propuesta por Léon-Dufour: “establecer la culpabilidad”, *op. cit.*, 1995, p. 183.

²⁵ En la versión italiana: “E quando sarà venuto [il Paraclito], dimostrerà la colpa del mondo riguardo al peccato, alla giustizia e al giudizio”, Bibbia TOB (Traduction Oecuménique de la Bible), Nuova Traduzione CEI, Elledici, 2010.

una prueba ante el mundo de la supuesta culpabilidad y falsedad de Jesús, así como una demostración de que su juicio había sido justo de parte de las autoridades. En cambio, el Espíritu interviene precisamente para demostrar lo contrario, como dice la misma CEI:²⁶

La intervención del Espíritu (que determina sobre todo el testimonio de los discípulos: 15,26) revertirá completamente la situación: manifestando que después de la muerte, Jesús ha sido glorificado por Dios; mostrará la justicia de su causa, su derecho justo, y afirmará, por tanto, de modo irrefutable, el pecado del mundo y la condena de aquel que lo gobernaba.²⁷

Considerando lo anterior, respecto del mundo, no se trata sólo de una incapacidad de ver y conocer, que pudiera entenderse como indiferencia, sino de una verdadera hostilidad. Por eso el mundo no podía ser convencido por el Espíritu de la verdad, precisamente debido a su rechazo de la misma verdad. En el Discurso de despedida el sus-

²⁶ Conferencia Episcopal Italiana.

²⁷ Ma l'intervento dello Spirito (che determina soprattutto la testimonianza dei discepoli: 15,26) capovolgerà completamente la situazione: manifestando che dopo la morte Gesù è stato glorificato da Dio, mostrerà la giustizia della sua causa, il suo buon diritto, e affermerà dunque, in modo irrefutabile, il peccato del mondo e la condanna di colui che lo governava. Cfr. nota corrispondente a Jn 16,8.

tantivo *mundo* sustituye a los *judíos*. El juicio del mundo no se realiza en un foro público, sino en la mente, en la comprensión o interioridad de los discípulos. Y más que contra el mundo, el juicio es contra su Príncipe.²⁸

Enseguida el mismo texto joánico ofrece una explicación: “el pecado está en no haber creído en mí”.²⁹ El pecado, en Juan, consiste en rehusarse a creer. Desde el principio, en su primer discurso, Jesús había dicho: “La luz ha venido al mundo, pero los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus acciones eran malas” (3,19). Al final de su ministerio público el evangelista, casi como una especie de evaluación, escribe: “Aunque había realizado tan grandes signos delante de ellos, no creían en él” (12,37). Si se examinan los pecados individuales, en el fondo, todos son una manifestación de la incredulidad, que llegará a su extremo en la condenación a muerte de Jesús. Y sabemos que los responsables y, por consiguiente, en un sentido amplio, los participantes en esta incredulidad, son muchos más que quienes tomaron parte en el proceso de Jesús. En cierto modo ahí estaríamos involucrados los creyentes de todos los tiempos.

²⁸ Según argumenta Léon-Dufour, *op. cit.*, 1995, p. 183.

²⁹ “*Il peccato del mondo* —explica la Biblia TOB de la CEI— consiste innanzitutto nel rifiuto di credere in Gesù, nel rifiuto della luce (*cfr.* 3,19-21.36; 8,21-24; 9,41; 12,46; 15,21-25)”, nota sobre el versículo correspondiente.

Y continúa el discurso: “en lo referente a la justicia, en que me voy al Padre y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo ya ha sido juzgado” (16,10).³⁰ Con todo y que es ya una explicación, como sucede con frecuencia, queda en el Evangelio Joánico un trasfondo misterioso. ¿Qué quiere decir el autor con esa explicación acerca de la demostración respecto de la justicia: “La justicia, en que me voy al Padre, y ustedes no me verán” (16,10)? Lo que explica el término del *ver*, del que los discípulos han disfrutado, cesa con la partida de Jesús hacia el Padre. Además, sobre este paso de Jesús a través de la cruz dice la Biblia TOB de la CEI: “atestigua definitivamente la inocencia y el derecho justo de Jesús (*cfr.* 8,46) y por tanto también de la verdad de su enseñanza”.³¹ En Jn no se trata de una rectitud moral al hablar de *justicia*, sino de “un reconocimiento de los derechos de una persona”.³² Las palabras de 1Tim 3,16 confirman la idea de la exaltación como

³⁰ La traducción castellana de este texto, como del resto de los textos bíblicos en castellano en este trabajo, ha sido tomada de la Nueva Biblia de Jerusalén. Desclée, Bilbao, 1999. Me he permitido hacer algunos arreglos a la traducción, más en consonancia con el castellano usado en América Latina.

³¹ “...testimonia definitivamente l’innocenza e il buon diritto di Gesù (*cfr.* 8,46) e dunque anche la verità del suo insegnamento”, nota al texto correspondiente, p. 2463 de la citada edición.

³² X. Léon-Dufour, *op. cit.*, 1995, p. 185.

una manifestación de la justicia de Dios: “Fue manifestado en la carne, **justificado** en el Espíritu”. Es el Espíritu mismo quien capacita para *ver* la victoria de Jesús, como atestigua el libro de los Hechos, en el caso de Esteban, que, “lleno del Espíritu Santo” testimonia que Jesús está a la derecha del Padre (7,55).

Al final de esta explicación sobre la intervención del Espíritu, se añade una afirmación de victoria: “el Príncipe de este mundo ha sido juzgado”, que completa la explicación de en qué consiste este juicio: “La victoria de Jesús implica necesariamente la derrota y la condenación sin apelación de aquel que gobernaba el mundo (*cf.* 12,31-32; 14,30; 16,33; 1Gv 2,13)”.³³ La muerte de Jesús es su victoria definitiva sobre el Príncipe de este mundo.

El contexto del testimonio del Paráclito es el odio del mundo, como se deduce del cuadro histórico de las confrontaciones de la Iglesia naciente con la Sinagoga o las autoridades del Imperio Romano, que aplastaban a los seguidores de Jesús.

6. *Un Espíritu que guía a la verdad y anuncia el porvenir. Jn 16,13-14:* “Cuando él venga, el Espíritu de la verdad, los guiará a la verdad plena, porque no hablará por sí mismo, sino hablará de cuanto ha oído y les anunciará las cosas por venir. Él me glo-

³³ Biblia TOB CEI, nota al versículo correspondiente, *ibid.*

rificará, porque tomará de lo mío y lo anunciará a ustedes”.

Es la última cita sobre el Paráclito, en el Discurso de Adiós. Por segunda vez Jesús habla de una venida del Paráclito con una frase temporal, “cuando él venga”, expresión que puede recordar el juicio final. Llama la atención la repetición, por tercera vez, de la frase explicativa “el Espíritu de la verdad”, que sin duda indica algo especial. Es el elemento más repetido en la enseñanza sobre el Espíritu, en esta revelación de Jesús. Se entiende ahora que siendo “el Espíritu de la verdad” pueda guiar a los discípulos a la verdad, y a la verdad completa: “los guiará a la verdad plena”.

La vida cristiana se podrá describir, a lo largo de la historia, como la vida *conducida por el Espíritu*, precisamente porque el don del Espíritu lleva al creyente a la comprensión de la verdad, que se revela de una manera íntegra en el Hijo encarnado.³⁴ Ya san Pablo había escrito su frase magistral: “Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Rom 8,14). En la tradición bíblica esta función de *guía* era atribuida, en primer lugar, a Dios y a su Espíritu. El salmista expresaba su fe en esta guía del Espíritu, en forma de súplica: “tu Espíritu, que es bueno, me guíe por una tierra llana” (143/142, 10b). Y en el Sal 139,24: “Mira si voy por mal camino, y guíame por el camino eterno”.

³⁴ Cfr. nota correspondiente de la Biblia TOB-CEI, *op. cit.*, p. 2463.

Que “el Espíritu guía a los discípulos a la verdad plena” no sólo significa que los conduce a una más profunda comprensión intelectual de lo que Jesús les había enseñado: se trata de una guía hacia un *nuevo modo de vivir*, más en coherencia con las enseñanzas de Jesús. Con la *verdad plena* o completa no se entiende un sentido cuantitativo, sino cualitativo. En el AT se atribuía a la Sabiduría guiar a los hombres (*cf.* Sap 9,11). Ahora es el Jesús joánico, figura modelada según la Sabiduría divina, personificada, quien asume este rol, que continuará el Paráclito.³⁵

El Paráclito *hablará*, pero su voz no se oirá más como palabras de Jesús, pues Él hablará al corazón de los discípulos. Su comunicación será una continuación de la revelación del Hijo, ya que expresará lo que ha oído de él. No sólo los “guiará a la verdad completa”, sino que además les “anunciará las cosas por venir”, es decir, probablemente la interpretación del significado de lo que Jesús dijo y realizó, para cada generación futura. Quizá se trate de la actitud que deberán asumir los cristianos ante el desenvolvimiento de los hechos históricos.

En este texto es notable la densidad del aspecto de revelación, como se deduce de los verbos: “**los guiará a la verdad completa**, porque no **hablará** por sí mismo, sino que **hablará** cuanto ha oído y les **anunciará** las cosas por venir... tomará de lo mío y lo **anunciará** a ustedes”. Se debe notar el tipo de esta revelación: el Espíritu “no hablará por

³⁵ *Cfr.* R. Brown, *op. cit.*, p. 867.

sí mismo, sino que dirá lo que ha oído”. Esta frase nos envía al misterio inescrutable de las relaciones entre las divinas personas, algo absolutamente inimaginable por nosotros: un Espíritu que nos anunciará, no por sí mismo, sino “lo que ha oído”. ¿De quién? El texto no lo dice, pero por el contexto del Evangelio se podría deducir que la fuente es el Padre, aunque, según el versículo inmediatamente subsiguiente, la fuente de lo que anunciará también es Jesús: “porque recibirá de lo mío y lo **anunciará** a ustedes”.

Ese *anunciará* se refiere a “las cosas por venir”, expresión típica del estilo enigmático joánico. En esta función de *anunciar*, el Paráclito *glorificará a Jesús*, precisamente porque *recibirá de Él lo que anunciará a ellos*. De estas “cosas por venir”, santo Tomás enumera las siguientes: el conocimiento pleno de la verdad de Dios, la inteligencia espiritual de las Escrituras, los sufrimientos y las pruebas que le esperan a la comunidad cristiana.³⁶

Conclusión

Las menciones del Paráclito en este Discurso de Adiós no contienen toda la Pneumatología (el tratado teológico sobre el Espíritu Santo), ni siquiera

³⁶ Super Evangelium Joannis, lectura 16,3: Cai 397 (n. 2101). Trad. It., Commento al Vangelo di San Giovanni/1.2.3, a cura di Tito Sante Centi, Città Nuova, Roma 1990-1992-1993.

la del EvJn.³⁷ Nada se dice de las otras actividades atribuidas a Él, en otros lugares del mismo EvJn, por ejemplo: causar un nuevo nacimiento (3,3-8), vivificar (6,63), perdonar los pecados (20,22s). Sin embargo, enriquecen nuestro conocimiento sobre Él. Todas ellas tienen en común que están relacionadas con el Hijo. Las funciones del Espíritu, expresadas en este Discurso, dice Léon-Dufour, “con el riesgo de simplificar”, se pueden reducir a estas tres: “1. Estar con y en los discípulos; 2. Enseñarles; 3. Atestiguar a favor de ellos”.³⁸

De un modo similar, R. Brown sintetiza así estas funciones:

En suma, el concepto del Paráclito, como el amor, es una cosa multi-esplendorosa: el Paráclito es un *testigo* en defensa de Jesús y un *vocero* para Él en el contexto de la prueba de Jesús por sus enemigos, más importante, Él es su *maestro* y *guía* y así, en un sentido extenso, su *ayuda*. Ninguna traducción capta la complejidad de estas funciones.³⁹

El Paráclito, Espíritu desconocido para el mundo, y probablemente todavía para muchos hombres y mujeres, vive en nosotros. Su presencia es un *don*, que nos reaviva la confianza. Como *Espíritu de verdad*, nos actualiza continuamente el estilo

³⁷ Evangelio de Juan.

³⁸ *Cfr. op. cit.*, 1995. p. 194.

³⁹ “The Paraclete in the Fourth Gospel”, art. cit., p. 118.

nuevo de Jesús en la práctica de su mandamiento. Como *Maestro Interior*, nos sigue *enseñando* y *recordando*, haciendo vivo y actual el mensaje de Jesús. Continúa *guiándonos* en lo secreto de nuestra conciencia, como “Espíritu de fortaleza, de suavidad y de templanza” (1Tim 1,7), y nos alienta en nuestra misión de *testigos*: en nuestra ordinaria debilidad e inseguridad, en medio de las contrariedades del camino, podemos ser fuertes, sentirnos confiados y vivir en alegría y esperanza, como fruto de su presencia.

II. EL ESPÍRITU EN LA COMUNIDAD CRISTIANA: *ESCUCHAR AL ESPÍRITU*

Algunos elementos históricos

El recuerdo de algunos datos históricos nos ayuda a evaluar la situación a la que hemos llegado en nuestro conocimiento y relación con el Espíritu Santo. Ya Rosmini había señalado las cinco llagas de la Iglesia, que en parte continúan siendo actuales: la división entre el clero y el pueblo en el culto público; la insuficiente formación del clero; la desunión entre los obispos; el nombramiento de estos, sin contar con la voz laical, y la servidumbre de los bienes eclesiásticos.⁴⁰

Poco a poco hemos caído en la cuenta de que la eclesiología del segundo milenio ha estado dominada por el paradigma “tradicional” en lo político, teológico y eclesial. En sus orígenes bíblicos y patrísticos toda la Iglesia hace y celebra la eucaristía (presidida por sus legítimos pastores), y a su vez la eucaristía hace y constituye la Iglesia. A partir

⁴⁰ A. Rosmini, *Las cinco llagas de la santa Iglesia*, 1833. Polémica obra inspirada en un discurso del Papa Inocencio IV, en que comparaba con Cristo crucificado (con sus cinco llagas) a la Iglesia.

del segundo milenio la eucaristía es celebrada por el clero, que gradualmente conforma la Iglesia. Se fue creando así la primera gran división eclesial entre el clero y los fieles, entre la “jerarquía sagrada” y los laicos, que paulatinamente pasaron a ser sujetos meramente pasivos en el culto y en toda la vida eclesial. Comienza una peligrosa identificación de la Iglesia con la jerarquía, que se ha prolongado hasta el Vaticano II.

Dentro de esta jerarquización eclesial la figura del Papa sufre una constante evolución: de haber sido el obispo de Roma, Sucesor y Vicario de Pedro, y Siervo de los siervos de Dios, va migrando a ser *Vicario de Cristo, Cabeza de la Iglesia, Vicario de Dios*. El punto culminante de esta inflexión se sitúa en el pontificado de Gregorio VII.⁴¹ De una visión real y comunitaria de la Iglesia se fue pasando a otra más mística e interior, mientras que la eucaristía paulatinamente se distanció de su concepción simbólica y eclesial, para desembocar en un realismo desligado de la misma comunidad eclesial.

La teología patristica sobre la Iglesia era simbólica, y a partir del segundo milenio se transforma en lógica y dialéctica. La eclesiología nace como un tratado sobre la autoridad y el poder de la jerarquía frente al poder civil. La dimensión más comunitaria del Pueblo de Dios fue quedando olvidada.

⁴¹ Uno de los Papas más importantes de la plena Edad Media (1020-1085). Llevó a cabo la última etapa de la reestructuración de la Iglesia plenomedieval.

El cambio entre el primero y el segundo milenio se explica mediante un proceso largo y difícil, que incluye elementos sociales, económicos, políticos, culturales, religiosos y teológicos muy variados. El giro constantiniano, la caída del Imperio romano, la conversión de los pueblos germánicos, el paso del mundo feudal al mundo de la burguesía, el nacimiento de las universidades y el redescubrimiento del aristotelismo van generando un momento peculiar: la Iglesia aglutina a toda la sociedad civil dentro de una visión teocrática cuyo centro lo ocupa el Papa. En cambio, la modernidad tendrá en contra a la Iglesia católica, que no entrará en diálogo con ella sino hasta el Vaticano II.

El olvido de la pneumatología es un factor clave en este proceso. La centralidad del Espíritu en el Antiguo y en el Nuevo Testamento es un dato ya adquirido. La Iglesia primitiva era muy consciente de su vinculación con el Espíritu: ella nace del Espíritu, es santa por el Espíritu y vive por el Espíritu de Jesús.

Desde sus orígenes la Iglesia tiene experiencia de su doble principio estructurador: el cristológico y el pneumatológico. Tradicionalmente se afirma no sólo que la Iglesia nace simbólicamente del costado de Cristo (principio o dimensión cristológica), sino también que nace en Pentecostés (principio o dimensión pneumatológica). El Espíritu, que es vivificador, da vida a la Iglesia, realiza la comunión de los santos, puede perdonar los pecados, resucita la carne y nos otorga vida eterna: “Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu

de Dios. Y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda la gracia. Y el Espíritu es la verdad”.⁴²

Sin Espíritu no hay vida divina ni Iglesia ni resurrección. La experiencia del Espíritu, muy viva en la Iglesia primitiva, le hace tomar conciencia de ser Templo del Espíritu (1Cor 3,16; 2Cor 6) y Esposa Santa del Señor (Ef 5), a pesar de sus pecados. Este Espíritu es la raíz de la santidad, apostolicidad, catolicidad y unidad de la Iglesia, y permite la inculturación en las diversas Iglesias locales, el principio de pluralidad y de comunión en una misma fe, que dándole el sentido a los fieles los hace mantenerse firmes en la verdad, aun en medio de tormentas ideológicas.

Cuando en el NT se habla de la efusión del Espíritu, no se trata solamente de un hecho individual, sino de una dimensión comunitaria. Precisamente el libro que destaca con más claridad esta dimensión es de los Hechos de los Apóstoles, que ha sido definido como el evangelio del Espíritu, pues en él encontramos al Espíritu en acción, y en las cartas de Pablo, una fecunda enseñanza sobre las relaciones Espíritu-Iglesia.

Este Espíritu se vive en la liturgia, la epiclesis eucarística, la iniciación cristiana, la santidad de los mártires, el ardor de los misioneros, el fervor de los místicos. Es el padre de los pobres, que hace de ellos los primeros destinatarios y evangelizadores del Reino de Dios. La Iglesia de comunión fue siempre muy sensible al tema de

⁴² Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.* III, 24, 1.

la justicia y de los pobres. La Iglesia primitiva elaboró una rica pneumatología en el contexto de la teología trinitaria.

El Espíritu del Señor no ha dejado de dar vida a cada cristiano y a toda la comunidad eclesial, ni ha dejado de producir frutos de santidad en la época de cristiandad. En la Edad Media surge el gran himno del Espíritu que hoy todavía cantamos: el *Veni, Creator Spiritus*, y la secuencia *Veni, Sancte Spiritus*, que se recita en Pentecostés.

Sin embargo, empieza a producirse un hiato entre la teología y la espiritualidad, que desembocará en un verdadero divorcio en torno al siglo XIV. Por un lado, va la mística, y por otro la especulación teológica. La teología patrística y monástica, centrada en la *Lectio Divina*, era espiritual y sapiencial, y será sustituida por las *Quaestiones* y las *Summae* de la teología escolástica, centrada en la racionalidad de la fe, en el *intellectus fidei*. Grandes temas, como el de la participación eclesial de todo el pueblo de Dios en la recepción de la fe, la liturgia, el gobierno y la elección de los obispos, y la autonomía de la Iglesia local, van quedando en la sombra. La teología de los carismas y la de la Iglesia local desaparecen durante mucho tiempo, y su riqueza pneumatológica se pierde. Es interesante la opinión del teólogo Endokimov:

La ausencia de la economía del Espíritu Santo en la teología de los últimos siglos, como también su cristo-monismo, determinan que la libertad profética, la di-

vinización de la humanidad, la dignidad adulta y regia del laicado, y el nacimiento de la nueva creatura, queden sustituidos por la institución jerárquica de la Iglesia planteada en términos de obediencia y sumisión.⁴³

Cuando la Iglesia es reconocida oficialmente, habiendo desaparecido las persecuciones, el monacato surge como un movimiento profético que va al desierto para luchar contra los demonios, tanto los personales como los de una sociedad que se llama cristiana, pero que ha olvidado la radicalidad evangélica, la tensión escatológica hacia el Reino, la comunidad apostólica y la comunidad de la Jerusalén primitiva. El monacato realiza una especie de “exorcismo colectivo”, una purificación psiquiátrica y espiritual de la Iglesia. La teología monástica posterior —benedictina o cisterciense— profundizará y desarrollará estas grandes experiencias espirituales.

Tres grandes temas suplirían la ausencia de pneumatología: la eucaristía, la Virgen y el Papa.

La minoría del Vaticano I

Este Concilio representa el culmen de la evolución de la Iglesia de cristiandad del segundo milenio, al igual que el triunfo del catolicismo intransigente y de una eclesiología jerarcológica.

⁴³ P. Endokimov, *La connaissance de Dieu selon la tradition orientale*, Lyon, 1967, p. 146.

Un viento fuerte sacude a la Iglesia: el Vaticano II

Fue la gran irrupción del Espíritu en la Iglesia, un verdadero Pentecostés, como había pedido Juan XXIII. El “clima” que favoreció la preparación del Concilio se explica por una serie de movimientos de renovación, los cuales florecieron en esos años anteriores a él:

1. *Bíblico*. Acude a la Escritura con un nuevo rigor científico y, al mismo tiempo, respirando el nuevo aire proporcionado por la *Divino afflante Spiritu* de Pío XII (1943).

2. *Patrístico*. Redescubre la riqueza teológica, pastoral y espiritual de los Padres de la Iglesia, tanto de Oriente como de Occidente.

3. *Litúrgico*. Retorna a la liturgia como celebración del misterio pascual.

4. *Catequético*.

5. *Teológico eclesial*.

Otras fuentes (movimientos) de renovación: ecuménico, social, laical y apertura de la teología al mundo moderno.

Muchos de estos movimientos fueron cuestionados por la Iglesia oficial e inclusive algunos de los profesores de institutos teológicos que los apoyaban quedaron privados de sus cátedras y, no obstante, después se convirtieron en grandes personajes en el Vaticano II.

El Vaticano II como evento pentecostal

La figura carismática de Juan XXIII catalizó todo este dinamismo convocando el Concilio. Pablo VI, intelectual y hombre de la curia vaticana, llevó el Vaticano II a buen término. La dimensión pneumatológica del Vaticano II se muestra en la transformación del modelo eclesial de cristiandad y en el retorno a una Iglesia más cercana a sus orígenes bíblicos y patrísticos, a la Iglesia de comunión propia del primer milenio.

El Vaticano II despertó en la Iglesia una profunda renovación, una auténtica primavera post-conciliar, un gran entusiasmo, un verdadero *kairós* (tiempo de gracia). Pero desafortunadamente comenzaron a darse algunos excesos, abusos y exageraciones que provocaron la desconfianza en no pocos, quienes señalaron al Vaticano II como la causa de todos los males de la Iglesia. Ello produjo un repliegue en la comunidad cristiana, conocido como “invierno eclesial”, que marcó un alto en el entusiasmo suscitado por el Concilio en los diferentes capítulos donde se estaba sintiendo el avance teológico y eclesial.

El Espíritu es el viento, el sopro de Dios que refresca, oxigena, fecunda, da vida (Gn 2,7; Sal 104,3; Jn 20,22; Hech 2,2). El Vaticano II fue un acontecimiento del Espíritu, un verdadero Pentecostés. Este Espíritu de vida y libertad no es ciego, pues impulsa en una dirección concreta: la realización del Reino de Dios. Del Génesis al Apocalipsis, pasando por los libros de los Jueces, los Profetas y los

Sabios, el Espíritu genera vida y comunión, hace nacer a Jesús de María Virgen,⁴⁴ unge a Jesús de Nazaret en el bautismo y lo transforma en Adán vivificador en la resurrección, hace surgir la comunidad de Jesús (la Iglesia), la guía a través de los tiempos, y la enriquece con dones jerárquicos y carismáticos.⁴⁵

La pneumatología del Vaticano II es más profunda de lo que se puede deducir de unas cuantas citas sobre el Espíritu. El Concilio ve a la Iglesia desde una perspectiva trinitaria, en estrecha relación con el plan de salvación del Padre, y con la misión del Hijo y del Espíritu. El Espíritu que ungió a Jesús es el mismo que vivifica a la Iglesia para el incremento del cuerpo de Cristo.

El Espíritu actualiza la inteligencia de la Palabra de Dios, origina iniciativas y vocaciones a la vida religiosa, impulsa el ecumenismo, actúa en las demás comunidades cristianas y es la fuerza

⁴⁴ Los textos en cuestión son Lc 1,35 (“El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra...”), Mt 1,18 (“María estaba desposada con José; pero antes que comenzasen a vivir juntos se encontró que ella había concebido por obra del Espíritu Santo”) y Mt 1,20 (“No temas tomar contigo a María, tu mujer, pues el hijo que ha concebido viene del Espíritu Santo”). En cuanto a la concepción virginal por parte de María, el hecho no admite comparación alguna en la literatura bíblico-judía.

⁴⁵ Para iluminar la relación entre la Iglesia y el Espíritu, se puede ver el cuarto tema de *Lumen gentium*.

misteriosa que se halla presente en la historia de la humanidad.

El Concilio Vaticano II representa una novedad y una vuelta a la integración entre teología y espiritualidad. Forma parte de las grandes renovaciones de la Iglesia, que no suelen venir de arriba y del centro, sino del margen y la periferia.

Una nueva aproximación metodológica

La renovación de la liturgia intenta poner en evidencia la función esencial del Espíritu Santo en la comunidad cristiana. Son iluminadoras las palabras de Pablo VI: “A la cristología, y especialmente a la eclesiología del Concilio, debe suceder un estudio nuevo y un culto nuevo sobre el Espíritu Santo, justamente como complemento que no debe faltar a la enseñanza del Concilio”.⁴⁶

El modo habitual de hacer teología consistía en partir de la Palabra, del Magisterio y de la Tradición, pero ahora cambia, desde la *Gaudium et Spes*:⁴⁷ se parte del mundo de hoy, de sus esperanzas y temores, de sus desequilibrios y aspiraciones profundas. La historia y el mundo se consideran como un verdadero lugar teológico donde Dios se nos comunica y revela. La opinión de Congar va en esta línea:

⁴⁶ Pablo VI, “Audiencia general del 6 de junio de 1973”.

⁴⁷ La Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno, del Concilio Vaticano II.

Si la Iglesia quiere acercarse a los verdaderos problemas del mundo actual y esforzarse por bosquejar una respuesta, tal como ha intentado hacerlo en la Constitución *Gaudium et Spes* y en *Populorum progressio*, debe abrir un nuevo capítulo de epistemología teológico-pastoral. En vez de partir solamente del dato de la revelación y de la tradición, como ha hecho generalmente la teología clásica, habrá que partir de hechos y problemas recibidos del mundo y de la historia. Lo cual es mucho menos cómodo; pero no podemos seguir repitiendo lo antiguo, partiendo de ideas del siglo XIII o del siglo XIV. Tenemos que partir de las ideas y los problemas de hoy, como de un “dato” nuevo que es preciso ciertamente esclarecer por el “dato” evangélico de siempre, pero sin poder aprovecharnos de elaboraciones ya adquiridas en la tranquilidad de una tradición segura.⁴⁸

Todo eso supone una visión de cercanía y simpatía hacia el mundo, como manifiesta la GS⁴⁹ en su comienzo (*cfr.* n. 1 de la misma Constitución). La Iglesia deja de poseer el monopolio de la verdad y del Espíritu, y se abre a todos los pueblos, razas, culturas y religiones, en una actitud de diálogo y de búsqueda común de los signos del Reino.

⁴⁸ Y. Congar, *Situación y tareas de la teología de hoy*, Salamanca, 1970, pp. 89-90.

⁴⁹ *Gaudium et Spes*.

La aportación e interpelación del Oriente

El Oriente fue siempre sensible a la dimensión de la experiencia espiritual e hizo de ella la base de su reflexión teológica. Esta experiencia espiritual y mística guía tanto la vida cristiana como la reflexión sobre sí misma. Es una teología más apofática⁵⁰ y litúrgica, más misteriosa y sacramental que analítica, dialéctica y aristotélica. Busca más la transformación del corazón que el mero cumplimiento moral, y más la transfiguración del cosmos que su conquista. Por todo ello, el de Juan es su texto preferido, por ser el evangelio más místico y espiritual, más simbólico y sacramental. El tema de la vida, central en él, es básico en el Oriente cristiano.

El Oriente tiene su peculiar visión de la Trinidad, diferente teológicamente de la visión latina occidental. Oriente parte de las Personas, no de la naturaleza y, sobre todo, parte del Padre como principio de unidad trinitaria. El Oriente ha poseído siempre una gran sensibilidad pneumatológica que ha sabido expresar en su arte, su liturgia y su espiritualidad.

Algunos observadores ortodoxos en el Vaticano II se sorprendieron de la poca estima que la Iglesia latina mostraba por la vida religiosa, que para

⁵⁰ Conocida también como *teología negativa*, que admite la imposibilidad de un conocimiento positivo de la naturaleza de Dios: el intelecto humano sólo puede aprender lo que Dios no es.

Oriente es como el nervio de su eclesiología. En el Oriente existe una mayor facilidad para integrar teológicamente temas como la sexualidad, la mujer, el cuerpo, el matrimonio y, en general, toda la dimensión cósmica de la creación. Necesitamos escuchar a los teólogos ortodoxos para aprender de ellos lo que han reflexionado sobre el Espíritu Santo, por ejemplo, Hazim:

El Espíritu Santo es, personalmente, la Novedad en acción en el mundo; es la presencia del Dios-con-nosotros junto a nuestro espíritu (Rom 8,16). Sin Él, Dios queda lejos, Cristo permanece en el pasado, el evangelio es letra muerta, la Iglesia es una pura organización, la autoridad es tiranía, la misión es propaganda, la liturgia es simple recuerdo, y la vida cristiana es una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisociable, el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la “carne”, Cristo resucitado está aquí, el evangelio es una fuerza vivificadora, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión es un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, y la acción humana es divinizada.

El Espíritu...”es Señor y da la vida” (símbolo de Nicea-Constantinopla). Por Él la Iglesia y el mundo claman con todo su ser: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,17.20).⁵¹

⁵¹ I. Hazim, *La Resurrection et l'homme d'aujourd'hui*, Beirut, 1970, pp.30-31.

El icono de Roublev —maravilloso icono de la Trinidad—, modelo de iconografía oriental de todos los tiempos, puede resumir y simbolizar la visión teológica, eclesiológica y pneumatológica de la tradición oriental.⁵² Sin pneumatología la teología degenera en ciencia filosófica. Este Espíritu —afirma el Vaticano II— no se limita a la Iglesia, sino que fecunda toda la historia.

El Papa Gregorio VII, a pesar de su buena intención de defender la libertad de la Iglesia frente a los príncipes y señores feudales, acabó por centralizar la estructura eclesial, y con eso convirtió a la Iglesia en una inmensa abadía bajo el control papal. Los resultados fueron funestos: desapareció la eclesiológica de la Iglesia local; cesó la participación de los fieles en el nombramiento de los obispos; la comunidad cristiana se escindió entre clérigos y laicos; la teología dejó de ser simbólica, como lo había sido en la época patristica, y se hizo cada vez más racionalista; la sede romana, además del poder espiritual, adquirió también el temporal, y como era de esperarse, la pneumatología quedó oscurecida.

⁵² “El cuadro respira una atmósfera de serenidad y gozo. Es la alegría de la comunión, de amor de la Trinidad que se comunica al mundo, hasta el sacrificio del Cordero pascual. Es el cordero inmolado antes de la creación del mundo, según el Apocalipsis”: V. Codina, *Creo en el Espíritu Santo. Pneumatología narrativa*, Sal Terrae, 1994, pp. 70-71. En la misma cita se puede encontrar una explicación más amplia acerca de este icono.

En este clima se genera y consume la ruptura con la Iglesia de Oriente, más cercana a los orígenes bíblicos y patrísticos, más sensible al misterio trinitario —y en especial al Espíritu—, más carismática que jurídica y que, aunque experimentó sus tensiones con la Iglesia romana por motivos políticos, culturales y religiosos, mantuvo la comunión con Roma mientras se respetó la eclesiología de las Iglesias locales. Pero ahora, en el ambiente de la reforma gregoriana, vive un extrañamiento y una asfixia que conduce a la ruptura. La ocasión se dio cuando en 1054 el Cardenal de Silva Cándida excomulgó a la Iglesia de Constantinopla.

El Vaticano II, al establecer la importancia de los signos de los tiempos, abre el camino a una nueva concepción de la Iglesia, de la pastoral y de la propia teología. La pneumatología cristiana no nos encierra en el claustro de la Iglesia, sino que nos lanza a la historia. La Iglesia es extrovertida hacia el Reino de Dios.

El olvido del Espíritu, durante el segundo milenio ha tenido consecuencias muy negativas en la vida de la Iglesia. El Espíritu parecía reducirse a la vida interior de los místicos y a la institución eclesial, la cual, a través de sus ministros y sacramentos, se convertía en la depositaria de sus dones en exclusividad. Mientras tanto, la historia del mundo, las actividades extraeclesiales de los cristianos y la acción de todos los hombres de buena voluntad aparecían como ajenas, impenetrables y resistentes al Espíritu. La historia como tal que-

daba fuera del interés del cristiano. Y el resultado trágico de estas posturas es que la historia moderna ha nacido al margen y muchas veces en contra de la Iglesia. Encontramos aquí una de las raíces del ateísmo moderno.

La Iglesia no puede limitarse a anunciar la Palabra, infundir adhesión a la fe y engrosar sus filas con nuevos miembros: debe buscar la transformación de la persona y de la historia por la fuerza del Espíritu, que siempre es sorpresivo, inmanipulable, lleno de creatividad e imaginación; que abre nuevos horizontes utópicos, los cuales progresivamente se van haciendo realidad en la historia; que corrige y purifica, fermenta y sana las heridas personales y sociales.

La Iglesia latinoamericana

En los años del posconcilio surgió en América Latina un nuevo movimiento: Las comunidades cristianas o “Comunidades Eclesiales de Base” (CEBs), que generaron un nuevo rostro eclesial, una innovadora forma de ser Iglesia, una verdadera “eclesiogénesis”. Entre las notas de esta nueva forma de ser Iglesia se podían distinguir: una Iglesia pueblo de Dios; una Iglesia de los pobres y los débiles, de los expoliados y deshumanizados, donde los seglares —y en particular la mujer— tienen responsabilidades y se sienten activos; una Iglesia de comunión, toda ella ministerial; una Iglesia liberadora que sacramentaliza en sus celebraciones litúrgicas las liberaciones concretas; una Iglesia que pron-

ga la gran tradición de la Iglesia universal, con la que está en profunda comunión. Para un pueblo que busca a Dios y necesita la oración y el sacramento, la Iglesia se vuelve santuario, espacio para la oración y el crecimiento fraterno en la fe.

Las CEBs son una Iglesia profética que enjuicia las situaciones, anuncia la esperanza, exige la conversión y la acción, y sostiene en el conflicto y la persecución. En los últimos años Latinoamérica ha visto surgir una nueva figura de pastores, obispos cercanos a su pueblo, defensores de sus derechos, que le acompañan en sus luchas y problemas, que escuchan su clamor e inquietudes, que respetan su cultura, que le anuncian un evangelio liberador, que adoptan una forma de vida sencilla y que, por su cercanía al pueblo, muchas veces sufren sus mismos conflictos con los poderosos: son calumniados y perseguidos, y suelen ser mal vistos por sectores de la misma Iglesia tradicional.

En esta eclesiogénesis pneumática merece destacarse la presencia renovada de la vida religiosa en América Latina sobre todo gracias al impulso de la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR). En estos años del posconcilio se dio un éxodo lento pero real de religiosos y religiosas del centro a la periferia, de la ciudad al campo, del mundo de las clases acomodadas al de los campesinos, los indígenas, los mineros, los más pobres y necesitados.⁵³

⁵³ Estos últimos datos sobre los obispos, los religiosos

Una nota típica de esta eclesiogénesis es su conflictividad, que prolonga la del mismo Jesús y la de la primera Iglesia. Difamaciones, calumnias, acusaciones infundadas, persecuciones, exilios, encarcelamientos, torturas y asesinatos han marcado la vida de la Iglesia latinoamericana en estas últimas décadas, con el agravante y la novedad de que quienes perseguían, torturaban y asesinaban se decían cristianos. El martirio es una de las notas más características de estos años.

Discernimiento de espíritus

Cuando el Vaticano II habla de *discernir* los signos de los tiempos se refiere a un tema de la tradición eclesial con raíces bíblicas y patrísticas. No se trata de una actividad esporádica, sino de una tarea de toda la vida, como hace ver el apóstol Pablo, para quien el discernimiento es el centro de la vida cristiana, desde el momento en que, en vez de la ley antigua, nos ha sido dado el Espíritu, que nos mueve a actuar como hijos (Gál 4,4-6).

Pero no olvidemos que el discernimiento auténtico debe tener una base evangélica. Por eso previo al discernimiento es necesaria una transformación por la nueva mentalidad evangélica (Rom 12,2), que

y las CEBs corresponden más propiamente a las décadas de los 70 y 80, aunque es posible constatar una continuación en nuestros días, pero con una menor intensidad.

vive una sensibilidad a los valores evangélicos. En último término, el *discernimiento es una experiencia del Espíritu en nosotros que nos ayuda a captar y aceptar lo mejor de cada situación*. El criterio último reside en los frutos del Espíritu: amor, alegría, gozo, paz, tolerancia, honestidad, lealtad, sencillez, dominio de sí... El fruto del Espíritu por excelencia es el amor fraterno, el carisma más alto. La primera carta de san Juan nos ofrece una serie de criterios de discernimiento: la fidelidad al Jesús encarnado (1Jn 4,3), la comunión con los apóstoles (1Jn 4,6) y el amor fraterno (1Jn 4,7-8) son signos del buen Espíritu.

Esta doctrina, que en el AT y el NT tiene un carácter no sólo interno, sino externo (se disciernen hechos, profetas, caminos...), en la tradición monástica y medieval se profundizará en la línea de la interioridad, ayudando a discernir mociones internas, *logismoi*, pensamientos, estados espirituales. Con la llegada del Vaticano II se cae en la cuenta de que el Espíritu actúa tanto en el interior de los corazones como en el corazón de la historia.

Podemos encontrar una buena síntesis de ambas dimensiones en el anuncio de los ángeles a los pastores de Belén. El buen Espíritu se manifiesta en los signos de luz, paz, alegría y ausencia de temor para todo el pueblo, especialmente para los pobres y la gente sencilla. Y las características de Jesús también son significativas: niño, pequeño, envuelto en pañales, en medio de la pobreza del pesebre..., pues la gloria de Dios se manifiesta en lo pobre y pequeño.

El criterio para discernir cualquier espíritu en la Iglesia es siempre la referencia a la vida de Jesús de Nazaret (1Jn 4); su muerte y resurrección son el punto de referencia obligado para saber si un espíritu es el de Jesús.

El Norte y el Sur

Como una posición alternativa a la *razón ilustrada* de los pueblos del Norte, la *razón simbólica* de los pueblos del Sur pertenece al ámbito de lo supralógico, lo cordial, lo imaginativo, lo vital, lo mítico, lo poético. Y se relaciona espontáneamente con las raíces últimas del ser humano y del pueblo. Se trata de una aptitud para captar sapiencialmente lo último y definitivo de la vida, el ser y el estar, frente al tener o parecer. Es una postura cálida, tierna, entrañable ante la vida, y compasiva frente al dolor ajeno, que tiende a la solidaridad y a compartir, rompiendo todo individualismo egoísta reducido a la familia o al partido.

Respecto del mundo de la razón lógica instrumental y matemática, la razón simbólica resalta el mundo del corazón, de la vivencia, de la experiencia, de la religión, con sus símbolos y ritos. De cara al mundo occidental, con su acento machista, da atención a la perspectiva de la mujer, más intuitiva y profunda. Ante la valoración excesiva de la historia y del progreso, enfatiza la importancia de la naturaleza, del cosmos, de la tierra, como sacramento de lo religioso. Frente a la eficacia de la praxis, concede un lugar privilegiado a la fiesta. En

relación con el servicio, propicia la comunión: no basta *ser para* los demás, es necesario saber *estar con* los demás, participar, compartir. Finalmente, respecto de la valoración exagerada de la ética, subraya la estética, lo hermoso y lo bello.

Génesis de la Iglesia

Como intento de ofrecer una explicación sobre este punto, se han elaborado tres posturas:

1. Tradicional

Jesús fundó una institución religiosa nueva, eligió y dio poderes a sus dirigentes (Mt 3,7), con Pedro a la cabeza (Mt 16); instituyó los sacramentos y encomendó a sus discípulos el encargo misionero de bautizar a todas las naciones en el nombre de la Trinidad (Mt 28). En tal eclesiogénesis el Espíritu no es considerado como factor determinante, sino a lo más como el encargado de dar continuidad a esta institución a lo largo del tiempo. Pero esta postura, con todo y que se ha mantenido en algunos sectores eclesiales, no resiste hoy a una crítica exegética y teológica seria.

Debemos tener siempre presente que los evangelios no son narraciones historiográficas, sino escritos teológicos y catequéticos dirigidos a las diferentes Iglesias nacientes, y redactados a la luz de la resurrección. Son relatos con un fuerte sentido simbólico, sobre todo en lo relacionado con los orígenes

de la Iglesia, utilizando el género literario llamado *etiológico*.⁵⁴

La objeción más seria a la postura tradicional es que en ella el misterio de la Pascua, es decir, de la muerte, resurrección y efusión del Espíritu, no desempeña algún rol en el origen de la Iglesia. Un elemento válido es que la Iglesia no se puede comprender si se desconecta del Jesús histórico.

2. Rupturista

Desvincula la Iglesia del Jesús histórico con una total discontinuidad entre Él y la Iglesia. Bultmann sostiene que la Iglesia nace de la fe pascual, pero sin conexión con el Jesús histórico. Esta postura, racionalista y liberal, desemboca en el fideísmo⁵⁵ y va en contra de la tradición constante de la Iglesia, que ha visto siempre una conexión entre Jesús y la Iglesia. Una intuición válida: la Iglesia no es comprensible sin el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús, y de la efusión del Espíritu.

3. Dialéctica e integradora

Mantiene una relación procesual entre Jesús y la Iglesia (R. Schnackenburg, N. Lohfink, J. Ratzin-

⁵⁴ Género que sitúa al principio de una historia o de un personaje lo que aparecerá al final. Busca explicar las causas de lo que ha sucedido.

⁵⁵ Tendencia teológica que insistía especialmente en la fe, disminuyendo la capacidad de la razón para conocer las verdades de esta.

ger, H. Küng, L. Boff). La Iglesia se encuentra ligada al grupo histórico que Jesús constituyó como discípulos, pero sufre una ruptura señalada por la muerte de Jesús, la dispersión de los discípulos, la resurrección de Jesús, la nueva convocación de los discípulos en la Pascua y el don del Espíritu.

Parece más correcto hablar de Jesús como fundamento que como fundador de la Iglesia, que podría interpretarse en un sentido demasiado jurídico y estático. La Pascua constituye la experiencia fundante de la Iglesia, que tiene dos principios constituyentes: Cristo y el Espíritu. El Espíritu ha quedado muchas veces reducido a la dimensión personal y mística de algunos, o a la jerarquía.

En el testimonio de K. Rahner, leemos:

Uno puede recibir la impresión de que toda la acción salvífica en la Iglesia es llevada a cabo por Dios exclusivamente a través de la jerarquía. Esto sería una concepción totalitaria de la Iglesia, que no corresponde a la verdad católica, pero que encuentra eco en muchas cabezas. Sería una simple herejía sostener que Dios opera en Cristo y en su Iglesia exclusivamente a través de la acción de la jerarquía. Dios no ha dimitido en su Iglesia a favor de ella.⁵⁶

⁵⁶ K. Rahner, “Teología del Concilio”, *Selecciones de Teología* 3, 1962, p. 135.

Y el arzobispo emérito de San Francisco, J. R. Quinn, escribe:

¿Quién puede contradecir el hecho de que, en nuestra Iglesia, la preocupación por la disciplina prevalece sobre la exigencia del discernimiento? ¿No existe en ello una falta de confianza en el Espíritu Santo?⁵⁷

Inclusión de la Iglesia en el Credo

Desde muy temprano se introdujo el tercer artículo del credo sobre la fe en el Espíritu Santo como espacio histórico concreto de la acción del Espíritu. A partir de su nacimiento la Iglesia ha sido consciente de que su vida es fruto del Espíritu, y depende de su acción vivificante y santificadora. Esta presencia activa y vivificante del Espíritu en la Iglesia como comunidad se concreta en una referencia a sus dos sacramentos centrales: la eucaristía y el bautismo.

La presencia del Espíritu Santo en la Iglesia se da aun en medio de las limitaciones humanas y pecadoras de sus miembros, a quienes el Espíritu Santo une y santifica. Nosotros no profesamos nuestra fe directamente en la Iglesia, sino en el Espíritu, que tiene en ella su obra propia.

⁵⁷ Mons. J. R. Quinn, *Documents d'Església* 674, Montserrat, 15 de abril de 1997, p. 254.

Las notas de la Iglesia son fruto del Espíritu: Una, Santa, Católica y Apostólica

Es interesante notar que el Vaticano II afirma que la Iglesia de Cristo no es la Iglesia católica (no se identifica con ella), sino que la Iglesia de Cristo *subsiste en* la Iglesia católica (LG 8), lo cual significa que hay verdadera Iglesia de Cristo más allá y fuera de la católica. A lo largo de la historia se han ido absolutizando posturas teológicas y eclesiales que más que contraponerse se complementan. Roma acentúa las dimensiones institucionales de la Iglesia: el primado de Pedro, según Mt 16; la Reforma enfatiza la Palabra y gratuidad de la salvación según Pablo; Oriente subraya el aspecto del Espíritu y el evangelio de Juan.

El Espíritu Santo y la santidad de la Iglesia

Es imposible negar la historia, testigo de la cantidad de pecados de la Iglesia peregrina, en su cabeza y en sus miembros: orgullo, riqueza, poder, inmovilismo, egoísmo, divisiones... Pero seguramente el mayor pecado es el de extinguir el Espíritu. Para muchos los pecados de la Iglesia han sido un obstáculo para la propia fe y su permanencia en la misma Iglesia. No obstante, a pesar de la realidad innegable de miseria moral en los mismos cristianos, también es innegable el testimonio silencioso, pero no menos real de muchos hombres y mujeres que han sido y siguen siendo verdaderamente “sal de la tierra” y “luz del mundo”.

El Espíritu Santo y la catolicidad de la Iglesia

Ignacio de Antioquía fue el primero en aplicar a la Iglesia la nota de *católica*, que significa universal, de acuerdo con la totalidad, no sólo en el espacio geográfico, sino en el tiempo histórico. El Espíritu es el protagonista de toda misión de la Iglesia. La catolicidad implica el respeto de la pluralidad de las Iglesias locales, con sus culturas y tradiciones. La Iglesia ha de ser una unidad de diversidades.

La doctrina común de la fe puede expresarse de formas diversas. Es necesaria una evolución del dogma para que en sus expresiones y contenidos vayamos profundizando en la fe de la tradición de la Iglesia y respondamos a los diversos contextos culturales e históricos de la humanidad. Hay una sola fe, pero sus expresiones teológicas y culturales son diversas.

La eclesiología latina se ha decantado hacia una modalidad más institucionalizada, como es la de las cartas pastorales, la del evangelio de Mateo y la de las cartas deuteropaulinas (Efesios y Colosenses), dejando de lado las eclesiologías más carismáticas, comunitarias y dinámicas de los escritos paulinos, joánicos y de los Hechos, lo cual ha generado tensiones en la Iglesia. Pero debemos tener presente que nada es más contrario a la catolicidad que una Iglesia monocultural, uniforme, occidental, eurocéntrica, casi exclusivamente latina.

Actualmente el problema de la inculturación de la Iglesia en las diversas culturas representa un grave desafío. Deberíamos aprender del pasado y

sopesar el alto precio que se pagó por no haber seguido el camino de personas y empresas pioneras de la inculturación: Mateo Ricci, misionero jesuita en China; Roberto de Nobili, misionero jesuita en el sur de la India; las reducciones del Paraguay.

El Espíritu y la apostolicidad de la Iglesia

A pesar de las orientaciones del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo de hoy, aún persisten formas de su gobierno con rasgos de la sociedad absolutista, de los tiempos en que se creía que la monarquía despótica era la forma más perfecta de gobierno y que, por tanto, era la que Dios quería para su Iglesia.

El Espíritu enriquece a la Iglesia con sus carismas

Ya en el AT se manifiestan estos carismas o dones del poder de Dios, del Espíritu. El texto de Is 11,1-2 sobre los dones del Espíritu del futuro Mesías es visto como un texto paradigmático acerca de los carismas. Es característica de estos dones del Espíritu orientarse al servicio de la historia de salvación, al bien del Pueblo de Dios.

En el NT Pablo será quien desarrolle más ampliamente el tema de los carismas del Espíritu en la Iglesia con diversos nombres: dones del Espíritu, energías u operaciones, diaconías o servicios, carismas o dones de la gracia, concibiéndolos como hechos de orden pneumático a través de los cuales se manifiesta el poder divino al servicio de la comunidad. Aunque Pablo no establece un catá-

logo ordenado de carismas el mayor de ellos es la caridad fraterna (1Cor 13).

Los movimientos proféticos suscitados por el Espíritu continúan floreciendo en la Iglesia a pesar de que no se les llame carismáticos, como la renovación teológica y espiritual que precedió y acompañó al Vaticano II. El Concilio retomó la teología de los carismas y señaló que el Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al pueblo de Dios por medio de los sacramentos y los ministerios, sino que distribuye gracias carismáticas entre sus fieles. La teología católica todavía tiene pendiente asumir las consecuencias de esta teología de los carismas del Espíritu, que no se limitan a los ministerios y sacramentos, ya que más bien deberían incluir otros dones no jerárquicos.

Los laicos

El Vaticano II ha rehabilitado el sentido y misión de los laicos en la Iglesia, pueblo de Dios (LG II), acogiendo los anhelos y reflexiones teológicas que habían ido surgiendo en el seno de la comunidad cristiana durante los años que lo precedieron.

La vida religiosa

Nada hay de casual en que el Vaticano II, que recupera la dimensión pneumatológica de la Iglesia y redescubre la importancia de los carismas, sea el primer concilio que trate de la vida religiosa dentro del contexto eclesial. Existe una tensión que se vive

y se ha vivido siempre entre la estructura jerárquica institucional, y la libertad y novedad del Espíritu. Tendríamos que valorar la infinidad de aspectos de la vida religiosa, en la riqueza de sus manifestaciones, que no necesariamente son actividades parroquiales: vida contemplativa de oración, iniciación mistagógica a la experiencia espiritual, investigación y docencia teológica, atención a los pobres.

Magisterio y magisterios

Nadie duda de la necesidad, competencia, autoridad y valor del magisterio episcopal y papal en la Iglesia, tanto ordinario como extraordinario. Pero no debemos olvidar que en la tradición eclesial también hay un magisterio teológico y profético, visto como una ayuda a la Iglesia apostólica y jerárquica.

Habría que considerar el magisterio de los santos, de los mártires, de los profetas, de hombres y mujeres que con su vida han dado testimonio de su fe y desde su experiencia espiritual nos revelan dimensiones inéditas de la fe. Y asimismo, tendríamos que añadir a estos magisterios ilustrados el magisterio popular de los pobres y sencillos.

La Iglesia local

Estamos muy habituados a identificar a la Iglesia con la Iglesia universal, y espontáneamente le damos menos importancia a las Iglesias locales. Durante muchos siglos para los cristianos en general,

la Iglesia ha sido vista como una gran diócesis encabezada por el Papa.

La Iglesia funcionaría como una gran empresa. Esta teología y práctica eclesial fue típica del segundo milenio, durante el cual hubo un gran silencio sobre las Iglesias locales.

El Vaticano II nos ayudó a ir recuperando la tradición bíblica, patrística y eclesial del primer milenio. La Iglesia primitiva estaba mucho más descentralizada que la actual. Había una gran autonomía por parte de las Iglesias locales, tanto de Oriente como de Occidente, que celebraban sus sínodos y concilios regionales sin intervención romana.

Detrás de la eclesiología de la Iglesia local, de su autonomía y libertad, de su propia teología, liturgia, espiritualidad e inculturación pastoral, se esconde una pneumatología que defiende la acción libre y concreta del Espíritu de Pentecostés.

El Espíritu suscita el sentido de la fe

El pueblo de Dios tiene la unción del Espíritu (1Jn 2,20), unción espiritual que permanece en ellos y les instruye interiormente, de modo que no necesitan que nadie les enseñe (suponiendo que escuchan y aprenden la enseñanza del Espíritu). La unción ilumina por dentro los corazones y hace que se acepte la enseñanza de los apóstoles desde el interior, no como simple palabra humana, sino como Palabra de Dios. Este es “el sentido de la fe”: el pueblo creyente, como por un instinto espiritual, conoce por connaturalidad. Es el *sensus*

fideliium. Al respecto Newman reconoce que todo bautizado tiene como instinto un cierto sentido para conocer y aceptar todo lo que corresponde al Cuerpo de Cristo.

El monacato

Con el giro constantiniano la Iglesia pasó de las catacumbas a las basílicas romanas. El Papa, antes perseguido y martirizado, era nombrado ahora Sumo Pontífice del imperio romano. La Iglesia adquirió rango imperial como “señora y dominadora”, se sentía representar la presencia del Reino de Dios en la tierra. De una Iglesia de convertidos que debían pasar por el catecumenado para acceder a los sacramentos de la iniciación cristiana, se transitó a una Iglesia de bautismos masivos de niños.

Ante esta situación, el Espíritu suscitó el movimiento de cristianos, hombres y mujeres que se iban al desierto para vivir la radicalidad del evangelio: el *monacato*. Era una reacción profética, una contestación a la incipiente Iglesia de cristiandad. Con el paso del tiempo la misma vida monástica y religiosa continuamente ha necesitado ser reformada, por su tendencia a dejar el desierto, el margen y la frontera, para instalarse también en el centro del poder.

Movimientos laicales y populares

El proceso de clericalización, centralismo y mundanización fue creciendo en la Iglesia romana. La teocracia pontificia alcanzó su apogeo. El Papa fue tran-

sitando de ser vicario de Pedro y siervo de los siervos de Dios, a ser llamado Vicario de Cristo, Cabeza de la Iglesia, mediación entre Dios y la humanidad. En este contexto apareció una contestación profética, una serie de movimientos laicales que pretendían volver a la Iglesia de los orígenes, una Iglesia pobre y sencilla, no clerical, fraterna y comunitaria.

Los movimientos mendicantes (franciscanos, dominicos, servitas) fueron aprobados por la jerarquía de la Iglesia porque supieron conciliar sus dimensiones pneumática y cristológica.

La Reforma

La decadencia de la Iglesia en la baja Edad Media es hoy difícil de imaginar. Los Papas vivían una gran mundanización, y centraban más su preocupación en promover el arte renacentista y defender los Estados Pontificios, que en incentivar la pastoral. El bajo clero vivía entre la ignorancia y la relajación. La espiritualidad y la devoción popular estaban marcadas por una práctica devocional intensa, pero enfermiza, sin raíces bíblicas ni litúrgicas, con un miedo invencible al demonio y una obsesión por el pecado. Pasado el esplendor de la primera escolástica de los mendicantes (Tomás de Aquino y Buenaventura, por mencionar algunos), la teología se volvió decadente, marcada por la petulancia del nominalismo⁵⁸ y el

⁵⁸ Doctrina que niega la existencia objetiva de los universales, a los que considera como meras convencio-

racionalismo.⁵⁹ Se dio una identificación entre la Iglesia y el Papa, el cual ostentaba el poder directamente derivado de Dios que le daba competencia ilimitada en lo espiritual y lo temporal. La Iglesia era una sociedad jurídica gobernada por el Papa como obispo universal, al estilo jurídico del Estado. Lo jurídico pasaba por encima de lo sacramental y pastoral.

Al mismo tiempo alboreaba un mundo nuevo, con descubrimientos científicos y geográficos, renacimiento humanístico, y sentido de la libertad y la individualidad.

En este clima la Reforma es un movimiento profético que pretende devolver a la Iglesia su rostro evangélico. No es correcto, ni histórica ni teológicamente, oponer la Contrarreforma a la Reforma. Se trata de un mismo movimiento convergente que el Espíritu suscitó en la Iglesia como protesta profética frente a una decadencia moral y espiritual. Tanto la Reforma católica como la protestante quieren regresar a las fuentes de la vida cristiana. Las experiencias espirituales de Lutero y de Ignacio de Loyola son más semejantes de lo que se sospecha. La reforma protestante

nes o nombres, en oposición al realismo e idealismo. Los universales son un término filosófico que señala los conceptos generales, de especie, de género y propiamente aplicables de manera general.

⁵⁹ Movimiento filosófico que promueve la razón como principal fuente de conocimiento.

quiso renovar la Iglesia desde fuera de ella, mientras que el otro sector buscó hacerlo desde dentro (Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, clérigos regulares).

Los defensores de los indios

La historiografía hispana ha presentado durante siglos la conquista y evangelización de América como una empresa grandiosa. Pero hoy se tiene una visión más crítica y real de la conquista, de los verdaderos intereses que se encubrían bajo ideología religiosa, de la crueldad de los conquistadores, del genocidio que se operó en estas tierras, del expolio de sus riquezas, de la destrucción de culturas y de la extirpación de las religiones nativas, etc.

Frente a un mundo lleno de crueldad y atropello de los derechos humanos de los indígenas, el Espíritu hace surgir voces proféticas que no sólo denuncian esta situación injusta, sino que intentan revertir la historia hacia caminos de humanización e integración de la fe con la justicia y las culturas.

Lecciones de la historia de la Iglesia

El Espíritu nunca abandona a la Iglesia del Señor Jesús, sino que sigue presente en la comunidad cristiana, actuando, moviendo, dirigiendo desde dentro sus caminos. También en la Iglesia de cristiandad el Espíritu hace que se mantenga viva la fe en Cristo, que no decaiga el amor, que no falten santos y mártires, ni místicos ni profetas, que surjan vocaciones misioneras. El Espíritu suscita dife-

rentes personas, grupos y movimientos proféticos que desean que la Iglesia vuelva a las fuentes más primitivas del evangelio.

Estos grupos y voces proféticas tienen dificultades en ser aceptados. Ordinariamente son incomprendidos, y muchas veces rechazados o incluso condenados por las autoridades oficiales.

Escuchar el clamor del Espíritu en la Iglesia de hoy

1. Necesidad de coherencia. Si el Espíritu no es escuchado el ecumenismo se detiene, muchos católicos abandonan la Iglesia, los jóvenes prescindan de ella, aumenta la indiferencia hacia la Iglesia de Jesús:

...con la exposición inadecuada de la doctrina o incluso con los defectos religiosos, morales y sociales, mostrados por algunos de sus miembros, la Iglesia ha velado más que revelado el rostro genuino de Dios y de la religión (GS 19).

2. Necesidad de actualización. “El cristiano no nace, se hace” (Tertuliano). La Iglesia no puede seguir creciendo sólo vegetativamente. Como la teología de los sacramentos, la *moral sexual* requiere un urgente replanteamiento, más acorde con los tiempos modernos. Debemos ser sensibles a la voz y la presencia del Espíritu, que clama por un mundo diferente, más humano y próximo al Evangelio. Si en el Evangelio de Jesús se habla tan poco de la sexualidad, ¿cómo explicar que en la moral cristiana

hayan proliferado las publicaciones, discusiones y artículos sobre esta temática?

3. *La mujer en la Iglesia.* En las diversas reclamaciones de las mujeres a la Iglesia por la forma en que se han sentido tratadas, ¿cómo no descubrir la voz del Espíritu que clama por un mundo diferente?

La sordera ante tantos clamores del Espíritu en toda la Iglesia sobre la estructura eclesial, los sacramentos, la moral sexual y las mujeres, tiene muchas explicaciones (*cf.*, *No extingáis el Espíritu*, p. 158), por ejemplo, la persuasión de que la jerarquía de la Iglesia posee la verdad total y la exclusiva del Espíritu, y no requiere cambiar nada.

El dilema es confiar en el poder de la estructura, de la norma, de la tradición inmóvil, del prestigio religioso y humano del pasado, de la autoridad centralizadora, o confiar en el Viento y Fuego impetuoso del Espíritu que va conduciendo el caminar de la Iglesia a través de la historia hacia el Reino de Dios.

4. *Movimientos carismáticos y pentecostales.* Son una crítica a nuestras comunidades, que con frecuencia resultan demasiado impersonales; a nuestras celebraciones litúrgicas, excesivamente ritualistas, intelectuales y frías; y a la poca participación de los laicos en la vida de la comunidad, al olvido del Espíritu en la vida cristiana y a la escasa atención a problemas humanos, como lo relacionado con la afectividad y sexualidad, con los conflictos matrimoniales y familiares, y otros problemas actuales (soledad, alcoholismo, etc.).

lismo, drogadicción). Hay una búsqueda teológica de calor y entusiasmo, a la que se añade a el deseo psicológico de compensar las heridas afectivas causadas por el mundo moderno neoliberal, individualista, racionalista, frío y materialista.

El principal problema de estos movimientos carismáticos es el de una vivencia y afirmación del Espíritu que se sitúe al margen de la vida, muerte y resurrección de Jesús. La vida humilde y pobre de Jesús de Nazaret será siempre el criterio básico para discernir los espíritus. No se puede separar la cruz de Cristo. Si no se tiene en cuenta este punto es posible caer en un fundamentalismo bíblico (leer los textos fuera de contexto y de una sana crítica exegética), hacia un antiintelectualismo unido a una valoración excesiva de lo sentimental y espectacular.

5. *Nuevos movimientos eclesiales.* Estos movimientos han venido a ser una alternativa a lo que fue la vida religiosa en otras épocas de la Iglesia. Es innegable que existen signos claros de la presencia del Espíritu en dichos movimientos. En algunos de ellos llama la atención una espiritualidad rígida, conservadora, verticalista, más afín al mundo moderno de la cristiandad medieval. Esto explica el respaldo de que gozan en amplios sectores de la actual jerarquía eclesiástica, que ven en ellos el modelo de la Iglesia del futuro. Se observa cierto espíritu de gueto, con poca apertura a la Iglesia local. Han nacido en el primer mundo, desde donde son dirigidos. Sus miembros pertenecen ordina-

riamente a sectores de las clases medias y altas. Gozan de abundantes medios económicos e intelectuales, y no son muy sensibles al cambio social.

III. EL ESPÍRITU EN LA TEOLOGÍA: *REFLEXIONAR SOBRE EL ESPÍRITU*

El Espíritu y el Hijo

La manifestación del Hijo es muy concreta, está encarnada en el espacio y en el tiempo y tiene un nombre: Jesús de Nazaret, al que los discípulos pudieron ver y tocar con sus propias manos (1Jn 1,1-3). La misión del Espíritu, en cambio, es invisible, anónima, universal, progresiva, no se identifica con ninguna persona concreta, todo lo dinamiza y fermenta, es como el viento, que no sabemos de dónde viene ni a dónde va (Jn 3,8).

La misión del Hijo se manifiesta en sus palabras y obras, recogidas dentro de la Escritura y recordadas por la Iglesia en su predicación y sacramentos. La del Espíritu, en cambio, no se identifica en ningún lugar ni momento concreto, actúa en las personas y acontecimientos, y no siempre es fácil de discernir: “El viento sopla donde quiere” (Jn 3,8).

Pero ambas misiones se complementan. El Espíritu prepara la misión de Cristo: actúa en el AT a través de los profetas, interviene en el nacimiento de Jesús de María Virgen, le unge en el bautismo, guía su misión y prosigue su obra a través de la Iglesia, que nace en Pentecostés. Esta es la visión

de Pablo en sus cartas, y la de Lucas en su evangelio y en Hechos. En la concepción de Juan, en cambio, es Jesús quien promete el Espíritu, lo anuncia y lo derrama sobre los suyos en la Pascua, simbólicamente anticipado ya en la misma cruz, donde Jesús “entrega el espíritu” y de su costado brotan sangre y agua, símbolos de la vida sacramental de la Iglesia (Jn 19,30.34).

Si Jesús nos habla exteriormente, el Espíritu lo hace interiormente, y vuelve audible y comprensible la Palabra. Hay, pues, una complementariedad entre Palabra y Espíritu. La Escritura ha de ser leída bajo la inspiración del Espíritu para no quedarnos en la materialidad de la letra, ya que el mero sentido literal conduce a un fundamentalismo. Desde el comienzo de la Iglesia se ha hecho una lectura espiritual de la Escritura, leyendo en el fondo de la letra y partiendo de ella.

El Espíritu es invisible, interior a nosotros; no tiene nombre, es anónimo, lo denominamos con diversos símbolos (viento, soplo, agua, fuego, paloma...); no se encarna en nadie, no está vinculado a ningún individuo ni a un espacio geográfico, ni a un tiempo cronológico concreto, sino que es enviado a todos los pueblos, a todos los lugares y a todos los tiempos. Está presente y activo en toda la humanidad, en todas las culturas y religiones, asume la diversidad y desde dentro mueve a las personas, los grupos, las comunidades y los pueblos hacia el Reino, hacia una humanidad nueva.

El Espíritu no tiene palabra ni mensaje propio, sino que ayuda a que la palabra de Jesús sea conocida y asimilada, a que la Iglesia vaya adelante a lo largo de la historia y a que la humanidad camine hacia el Reino. El Espíritu genera vida, es dinamismo, es más verbo que sustantivo, es acción, aliento vital, desde la creación hasta la consumación final de la historia, hasta la parusía.

La moral cristiana no puede reducirse al cumplimiento legal de unos preceptos morales o cánones, sino que se orienta a una forma de vida, a una vida nueva en el Espíritu, capaz de suscitar, en un discernimiento personal y comunitario, la respuesta adecuada, que no es una mera repetición del pasado ni una desvinculación de la tradición eclesial.

Para que pueda inspirar la vida del pueblo de Dios la teología no debe limitarse a repetir los “lugares teológicos” clásicos, establecidos por la escolástica, sino que debe saber leer, escuchar e interpretar la Palabra y la Tradición de la Iglesia, así como la voz del pueblo en la historia.

¿De qué Espíritu hablamos?

El Espíritu tiene un carácter anónimo, impersonal, difuso, algo que se diluye y que no podemos concretar. Está siempre rodeado de misterio y silencio. Es una dimensión oscura de Dios, que permanece oculta, impalpable, *kenótica* (como vacía de contenido). En la Escritura se nos revela mediante unos símbolos que son fluidos e impersonales, aunque sumamente dinámicos.

Viento

Es la imagen más común del Espíritu: *rúah* (femenino en hebreo), es el viento como soplo de vida, que ya al comienzo de la creación se cernía y aleataba sobre las aguas, cuando la tierra todavía era caos, confusión y oscuridad (Gen 1,2). Es el aliento de vida que Yahvé Dios insufló en el primer humano, formado del polvo de la tierra, para hacer de él un ser viviente. El viento significa el poder y la fuerza vital de Dios, su acción creadora y vivificadora en el mundo y en la historia, invisible pero real. Sin él sólo hay muerte y caos. El Espíritu es viento de libertad y fuente de vida.

El hombre bíblico llamó a la energía de la naturaleza viento, aliento, respiración, tormenta, y a las convulsiones de la tierra *rúah*, es decir, espíritu. Se manifiesta en signos de vida, vitalidad, movimiento y explosión impredecible e incontrolable de las fuerzas de la naturaleza.

La categoría *rúah* nos abre a la comprensión de la realidad divina. El Espíritu representa una energía vital divina: “Si Dios retira su espíritu, todos los vivos expiran y vuelven a ser polvo” (Sal 104,30).

Fuego

Simboliza la luz, la fuerza y la energía del Espíritu; calienta y hace arder el corazón; alienta la comunicación humana; es principio de comunión que, como el fuego, reúne junto al hogar; su expansión interna se realiza por el dinamismo del amor.

Agua

Es el agua pura que Yahvé derramará sobre el pueblo, le sanará de toda inmundicia, le creará un corazón nuevo y le infundirá un espíritu nuevo (Ez 36,25-28). Esta agua simboliza la vida, la fuerza y la fecundidad del Espíritu, frente al poder destructor del mal (por ejemplo, las aguas de muerte del Diluvio y del Éxodo). Mediante el símbolo del agua Dios nos comunica su voluntad de ofrecer una vida nueva a nuestro corazón de piedra, para transformar el mundo reseco y estéril en tierra viva. Es la vida del Espíritu que quien entra en la Iglesia recibe en las aguas del bautismo.

Unción de aceite

Esta unción significa la fuerza del Espíritu que consagra para la misión, la cual tiene que ver con la práctica del derecho y la justicia a favor de los pobres y los oprimidos. Los cristianos hemos recibido esta unción del Espíritu y nos da fuerza para proseguir la función mesiánica de Jesús en nuestro mundo.

Paloma

Este simbolismo, referido al Espíritu en la iconografía cristiana, significa una serie de rasgos: blancura y pureza, ternura, sencillez, paz, que debían ser características propias de la Iglesia, el Nuevo Pueblo de Dios.

Nube

La nube simboliza al Espíritu en cuanto que vela y revela la presencia de Dios en nuestras vidas, que nos acompaña, guía y fecunda.

Perfume

Significa el Espíritu en cuanto signo de una presencia sutil que todo lo penetra y que también se esparce por todas partes, evocando un lenguaje de amor, belleza y elevación espiritual.

Abogado

El Espíritu es el abogado o defensor (el Paráclito) enviado por el Padre después de la partida de Jesús (Jn 16,7), que estará junto a los discípulos (Jn 14,15-17) para no dejarlos huérfanos (Jn 14,18). El Espíritu de la verdad (Jn 14,17) vendrá para recordar y completar la enseñanza de Jesús (Jn 14,25-26), convencer al mundo sobre el pecado (Jn 16,8), llevar a los discípulos a la verdad completa y explicarles el sentido de los acontecimientos futuros (Jn 16,12-15). Este abogado nos defenderá en el tribunal del Padre contra las acusaciones de Satán (1Jn 2,1-19).

El Espíritu no hace alarde, es humilde como el agua que se ajusta a cada suelo, a cada recipiente, y busca el camino para correr. Por su naturaleza, es energía, movimiento, moción interior, entusiasmo, fuerza misteriosa que nos impulsa a la acción, a resistir frente a las exigencias de autoafirmación, orgullo y dominación por la fuerza.

Recapitulando: el Espíritu aparece como dinamismo de vida y fuerza (viento, agua, fuego, defensa, sello...), y como dulzura y suavidad penetrante (perfume, vino, unción, paloma...). Pero estos símbolos se orientan a Otro: son dinamismos

que mueven hacia Otro, y este Otro es Jesús, su vida y misión. Para conocer y discernir un Espíritu hay que ver si conduce a Jesús o no, descubriendo así su autenticidad.

San Gregorio Nacianceno se admira de la variedad de nombres que posee el Espíritu:

Me sobrecoge el espanto cuando pienso en la riqueza de sus nombres: Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo, inteligencia de Cristo, Espíritu de adopción, nos restaura en el bautismo y en la resurrección. Sopla donde quiere. Fuente de luz y de vida, hace de mí su templo, me diviniza, me perfecciona, anticipa el bautismo y es deseado después del bautismo. Todo lo que Dios hace, es Él quien lo hace. Se multiplica en las lenguas de fuego y multiplica sus dones, crea los predicadores, los apóstoles, los profetas, los pastores, los doctores. Es otro Consolador.⁶⁰

Las dos manos del Padre

Este Espíritu misterioso, sin rostro, casi sin nombre, expresado recurriendo a símbolos, está íntimamente asociado a Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios encarnado. Hay dos misiones divinas: la del Hijo y la del Espíritu. San Ireneo hablaba de las dos manos del Padre: el Hijo-Logos y el Espíritu-Pneuma. Ambas misiones son diversas, pero complementarias, y se ordenan a un mismo fin: el proyecto del Padre, el Reino de Dios.

⁶⁰ Patrología Greca (PG) 36, 159, BC.

El Padre es la fuente absoluta de la divinidad, de quien brota la vida trinitaria, el Principio sin fin, el Absoluto, el Amor misterioso y fontal, que se nos manifiesta a través de las dos misiones del Hijo y del Espíritu. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Palabra-*Dabar* y el Espíritu-*Ruah-Pneuma* aparecen estrechamente unidos. No se puede elaborar una Cristología al margen de la Pneumatología, y viceversa. El Espíritu nos hace hijos en el Hijo, coherederos de Cristo, semejantes a Él. Si Cristo es el camino, el Espíritu es el guía que nos conduce en esta vía. No hay una era del Espíritu que supere la era cristológica.

El ocultamiento teórico y práctico del Espíritu que hemos padecido ha tenido graves consecuencias en la Cristología, en la Eclesiología, y en la vida eclesial espiritual y pastoral de los cristianos. Necesitamos la presencia del Espíritu que recuerde lo que Jesús ha dicho, nos lo actualice, nos dé testimonio interior de su Persona, nos enseñe a orar, nos haga llegar a la verdad integral sobre Jesús, el Cristo; nos comunique su vida, nos ayude a ser sus discípulos, esté con nosotros siempre, nos dé fuerza frente al mal, nos haga hijos del Padre en el Hijo, cooperadores en su misión, fermento de una nueva sociedad, una nueva tierra y un nuevo cielo.

El Espíritu no rehúye las situaciones humanas de limitaciones, errores y pecados, sino que se mezcla con ellos. Pero no podemos negar que es difícil discernir la presencia del Espíritu en medio de personas y acontecimientos turbios y ambiguos. De or-

dinario la santidad del Espíritu queda oscurecida y afeada por los pecados humanos de los bautizados.

La dimensión latinoamericana

La teología latinoamericana ha intentado escuchar el clamor del pueblo que sufre injustamente por situaciones históricas que escapan a su control, que son fruto del pecado y de la injusticia social. Es el clamor del pueblo que sufre hambre, analfabetismo, falta de vivienda digna, de trabajo, de salud, de agua potable, de una vida humana. Este tema atraviesa toda la Biblia.

“En este clamor se oculta el grito del Espíritu. Y es que hay como una connaturalidad entre el Espíritu y los pobres, que se puede captar cuando se lee la historia y la Biblia desde la perspectiva del pueblo”.⁶¹ Jesús, como Mesías, el Ungido, el Cristo, en su proclamación mesiánica en Nazaret, hace suyas las palabras proféticas de Isaías 61; en Él se cumplen aquellos oráculos, pues ha sido ungido por el Espíritu para evangelizar a los pobres y liberar a los cautivos (Lc 4,18s).

Hacer teología desde el reverso de la historia ofrece una perspectiva muy real. Hacer teología desde los pobres es optar por un lugar teológico privilegiado, donde los pobres se convierten en nuestros maestros,

⁶¹ Cfr. V. Codina, *Creo en el Espíritu Santo*, Sal Terrae, 1994, p. 82.

y los sencillos son nuestros doctores, como ya constataban algunos Padres de la Iglesia...⁶²

Una nueva experiencia espiritual

América Latina, en palabras de Gustavo Gutiérrez —retomando un texto de san Bernardo—, comienza a beber de su propio pozo, un pozo labrado con el sudor, las lágrimas y la sangre de sus propios hijos. Es una experiencia de Dios que nace de la contemplación de la realidad que nos rodea, algo que brota de la vida, de la cotidianidad de nuestras comunidades, del trabajo, del contacto directo con las ciudades y barrios marginales; del campo, de los hospitales y escuelas, resultado de contemplar el sufrimiento del pueblo, cómo resiste y lucha, ora, espera e incluso festeja. Es una espiritualidad integral: es caminar, en presencia del Señor, por los caminos de este mundo, experimentando el dolor y la indignación ante el sufrimiento injusto que padecen las grandes mayorías del continente, con una mezcla de compasión, misericordia e impotencia, de solidaridad y fracaso.

Esta realidad, contraria a los planes de Dios, es pecado, personal y estructural, pues Dios no quiere que el pueblo viva inhumanamente ni que muera antes de tiempo, crucificado. No se trata de una experiencia abstracta, sino muy concreta, proyectada constantemente por tantas escenas de rostros sufrientes de hombres y mujeres torturados,

⁶² *Ibid.*, p. 26.

maltratados, humillados, martirizados, ante el silencio y la complicidad de dirigentes y poderosos, que se confiesan católicos, que se burlan y desprecian al pueblo pequeño y humilde.

En estos rostros sufrientes se refleja el clamor y la presencia del mismo Crucificado, identificado con los últimos de la historia. Es la pasión de Jesús que se prolonga en la pasión del mundo. En la solidaridad con estos pobres sufrientes se vive una experiencia de comunión, una liturgia vital e histórica que da pleno sentido a las otras liturgias sacramentales. Los vecinos de Villa El Salvador, un “pueblo joven” de las afueras de Lima, le dijeron a Juan Pablo II:

Santo Padre, tenemos hambre, sufrimos miseria, nos falta trabajo, estamos enfermos. Con el corazón roto por el dolor, vemos que nuestras esposas gestan en la tuberculosis, nuestros niños mueren, nuestros hijos crecen débiles y sin futuro. Pero, a pesar de todo, creemos en el Dios de la vida, de la vida plena, de la naturaleza y de la gracia.⁶³

Los pobres, lugar teológico

Los pobres, los excluidos, son un lugar teológico privilegiado para comprender la acción del Espíritu en la historia.

El compromiso por la justicia y la opción por los pobres son fuente de espiritualidad. Es una experiencia del Espíritu de vida y de amor, que renue-

⁶³ *Páginas*, Revista Digital de la Escuela de Historia, año X, núm. 68, Lima, 1985, p. 34.

va, llama, interpela, perdona, profetiza, da fuerza, alegre y recrea una nueva humanidad.

El pueblo comienza a leer la Biblia con otros ojos, desde el Espíritu con que ha sido escrita, como inspiración y reflejo de su propia vida. La Biblia ha llegado, después del Concilio Vaticano II, a las manos del pueblo pobre, que empieza a comprenderla desde una exégesis nueva y sencilla, diversa de la hermenéutica moderna científica.

Al ir descubriendo la Biblia el pueblo comienza a sentirse “en casa” con ella, a encontrar ahí la historia de la salvación del pueblo de Dios. Así, todos los pueblos pueden rehacer su propia historia a la luz de la Palabra. En esta lectura popular de la Biblia, desde la vida (pre-texto) se accede a la Palabra (texto), leyéndola siempre a partir de la fe de la comunidad (contexto).

La experiencia espiritual latinoamericana, ligada al pueblo y a los pobres, a una praxis de solidaridad, también ha dado origen a una teología propia que ya no es copia ni importación de la teología europea. Es la llamada “teología de la liberación”. La moderna teología europea, nacida de un mundo de abundancia y consumo, en un ambiente secularizado y sin especial interés por lo religioso, es una teología encerrada en sí misma, que ofrece poco de inspiración al creyente.

Escuchar el clamor del Espíritu, que grita a través de los pobres, no es algo espontáneo ni fácil, porque no se trata de un clamor tranquilizante, sino muy exigente, y muchas veces conflictivo. Se-

ría más fácil ceder a la tentación de extinguirlo, de apagar su voz. Pero no hay que olvidar que es pecado extinguir el Espíritu (1Tes 5,19).

A propósito de la nueva forma de evangelizar, en medio de un mundo donde la fe parece diluirse día a día, nos puede ayudar el recurso de la literatura, que llega a ser una plataforma común desde la que podemos dialogar con personas y grupos de no creyentes. Es un campo donde, de forma narrativa, se puede encontrar un arraigo en los valores más profundos de la vida. La literatura es un lugar privilegiado para descubrir el alma de los pueblos. Por ejemplo, en la obra de G. García Márquez *Cien años de soledad* encontramos que la soledad en América Latina está hecha de invasiones, golpes de Estado, muertes prematuras, desaparecidos por la represión, mujeres arrestadas que dan a luz en la cárcel e ignoran el paradero de sus hijos, exiliados, víctimas sin fin, guerras y guerrillas.

La teología de la tierra

En América Latina y en los países pobres es una teología de la cultura y de la injusticia, de la creación y de la liberación. En los continentes empobrecidos tierra y ecología son temas muy concretos que van más allá de especulaciones teóricas. Se trata de experiencias de pobreza y destrucción del hábitat ecológico de los pueblos del Sur. Santo Domingo 92⁶⁴

⁶⁴ Conferencia del episcopado de América Latina en 1992.

llamó a la tierra “rostro femenino de Dios”. Con esta formulación quería expresar la dimensión materna de la tierra y cómo por ella se llega a un Dios que es ternura, y fuente de vida y de bondad.

La teología bíblica de la tierra ofrece un escenario amplio en relación con los temas de una espiritualidad cósmica: la tierra virgen de la creación, la tierra paraíso perdido; la tierra prometida a Israel, tierra conquistada, tierra abandonada en el exilio, tierra mesiánica; la tierra galilea y nazarena del Señor; la tierra nueva hacia la que caminamos como Iglesia, tierra transfigurada en la escatología final.

El relato de Pentecostés

Llegado el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse (Hech 2,1-4).

El fuego es uno de los símbolos del Espíritu, porque encierra connotaciones de energía, fuerza, principio vital, capacidad de cohesión y unión. Si Babel es la confusión y la dispersión, Pentecostés es la comunión en la diversidad; si Babel es fruto

del orgullo humano que pretendía construir una civilización al margen de Dios, Pentecostés es la irrupción del Espíritu de Dios en nuestro mundo, para que aprendamos un estilo nuevo de existencia humana. Hay una estrecha relación entre la catolicidad real de la Iglesia y su sensibilidad pneumatológica. Si en la Iglesia queda postergado el Espíritu se sufren las consecuencias, como se ha visto en la historia: la unidad eclesial se transforma en uniformidad y monopolio del centro. No es casualidad que en el segundo milenio el tema de las culturas haya sido tan olvidado y conflictivo. Si la teología latinoamericana se abre hoy al problema de las culturas, es porque se abre también a la pneumatología.

La gran ambigüedad de muchos movimientos pentecostales contemporáneos que invocan al Espíritu radica en que no parecen muy sensibles al proyecto de Jesús (el Reino de Dios) ni a la comunidad de Jesús (la Iglesia) ni a los predilectos de Jesús (los pobres). Hay una serie de temas estrechamente ligados a la cultura que hoy aparecen como nuevos lugares teológicos: religión, creación y tierra; mujer, indígena y afroamericano; fiesta y rito.

Pentecostés es un evento no sólo de comunicación de gracia, sino revelador de la persona misma del Espíritu Santo, manifestador, y coconstitutor de la Iglesia y de la comunión de los creyentes.

El Espíritu Santo en Pentecostés ha constituido la Iglesia como comunidad capaz de anunciar el Evangelio ya sea con la palabra y las obras, ya

con la vida. El testimonio cristiano se ha cumplido en la historia por medio de la *parresía*,⁶⁵ que es reflejo de la capacidad de la comunidad creyente de vivir en la libertad, en la presencia de Dios, como miembros del Cuerpo de Cristo cobijados por el Espíritu.

Además de un episodio que debemos recordar, Pentecostés es el momento del comienzo de la Iglesia, y al mismo tiempo, la manifestación de la condición nueva en la que viven los discípulos de Cristo: un modo pneumático de existencia. Pentecostés es, por tanto, “fiesta del evento pentecostal como término del misterio pascual”.⁶⁶

La religiosidad popular

Dentro del propio cristianismo hemos sufrido un cierto desprecio generalizado por la religiosidad popular. Toda cultura tiene raíces religiosas, y es la razón simbólica (sabiduría, corazón, imaginación, sensibilidad, utopías...) la que puede captar la experiencia espiritual. En esta experiencia religiosa el pueblo encuentra motivos para vivir y esperar.

Aunque continúe siendo despreciada por las elites modernas, incluso eclesiales, esta religiosidad prevalece como un verdadero lugar teológico donde se experimenta la presencia y la fuerza del Espíritu. Esta religiosidad se convierte en camino de

⁶⁵ La audacia para hablar y exponer la verdad del evangelio.

⁶⁶ Y. Congar, *Credo nello Spirito Santo*, 1998, p. 127.

salvación para la gran mayoría de la humanidad, las religiones no cristianas y los cristianos populares, no familiarizados con las disquisiciones teológicas de los especialistas, y a veces, tampoco con las prácticas litúrgicas establecidas. No podemos separar radicalmente la religión y la fe sin caer en un dualismo inaceptable para el cristiano. Ni la religión es meramente humana, ni la fe en la Palabra es exclusivamente divina. La Palabra de Dios nos llega por la vía de la experiencia religiosa de Israel, de Jesús y de la Iglesia, así como de las mediaciones históricas y culturales de sus testigos.

La mujer

Finalmente hemos descubierto que la mujer es otro gran lugar teológico que surge en todo el mundo, pero de forma singular en los pueblos pobres del Sur, y concretamente en América Latina. Se trata de reconocer la originalidad de la experiencia espiritual y teológica de la mujer, que había quedado sofocada por el patriarcalismo androcéntrico ambiental. Ya decía el teólogo ortodoxo Pavel Endokimov, que un mundo fundamentalmente masculino (machista) en el que la mujer no tiene alguna función, es un mundo sin Dios, porque sin madre Dios no puede nacer.

Para la teología feminista debemos enfrentar los siguientes desafíos: recuperar la importancia de lo cotidiano en la teología, valorar la relevancia teológica del cuerpo y la sexualidad, crear un nuevo

lenguaje teológico, elaborar una Cristología y una Mariología desde una nueva simbología religiosa.

Existe una connaturalidad entre lo femenino y la razón simbólica. Y hay una mayor connaturalidad entre las posturas latinoamericanas y las propias de la Iglesia oriental.

Es interesante notar que las funciones del Espíritu corresponden a las que habitualmente se refieren a la maternidad y femineidad: inspirar, ayudar, apoyar, expresar ternura, dar a luz, incubar, dar vida. Pero en Occidente —por influjo de san Agustín, para quien la mujer *no era imagen de Dios*— se atribuyeron a Dios y al Espíritu prerrogativas masculinas, como poder y señorío. Pero hemos ido descubriendo la connaturalidad entre la dimensión femenina y la acción del Espíritu, y no es una casualidad que el olvido del Espíritu en la Iglesia y en la teología haya estado estrechamente relacionado con una supervaloración de atributos como la lógica, el poder, la organización, la uniformidad y el centralismo, ordinariamente adjudicados al varón.

En la teología de la fiesta de los pueblos originarios encontramos una incipiente pneumatología, ya que el Espíritu, presente en las culturas, es Espíritu de gozo, comunión y alegría, y sus mismos símbolos (vino, unción, perfume, música) son festivos.

Guadalupe

En relación con nuestro tema, es notable la presencia de elementos que encontramos en la virgen

de Guadalupe: en ella se conjugan la cultura azteca, la tierra, la mujer, María, el mundo indígena, el rito y la fiesta, todo en completa relación con el mundo de los pobres, los marginados, en contraposición al mundo de los conquistadores blancos y poderosos, y a una institución eclesial ligada al mismo poder colonial. La imagen de la virgen de Guadalupe es la versión amerindia del icono de la Trinidad de Roulev: María es el rostro materno y femenino de Dios, que lleva en su seno a Jesús por la fuerza del Espíritu.

Las reducciones de Paraguay

En medio de un clima de destrucción y violencia, las *reducciones* fueron un intento de coherencia entre fe y justicia, una expresión de utopía de sociedad, de Iglesia, de vida comunitaria, cultural y social. Lograron crear un espacio de florecimiento económico y cultural pacífico. La utopía empezaba a hacerse realidad; la escatología se anticipó simbólicamente, aunque de forma parcial. La reducción era signo escatológico, sacramento del Reino.

Comunión de los santos

El Espíritu es Espíritu de *koinonía*, de comunión intratrinitaria dentro de la historia humana. La Iglesia es símbolo de esta comunión, ya que es comunidad integrada por la gracia de Jesús, el amor del Padre y la comunión del Espíritu. De esta comunión es sacramento la eucaristía. El axioma patrístico “la Igle-

sia hace la eucaristía, y la eucaristía hace la Iglesia” expresa muy bien el lugar central de la eucaristía en la Iglesia y la dimensión eclesial de la eucaristía.

El dinamismo de la eucaristía trasciende a la misma Iglesia y lleva a construir un mundo comunitario y solidario. La transfiguración no se limita al pan y al vino, sino que se extiende a todo el mundo, como lo expresó Teilhard de Chardin en su “Misa del Universo”. La epiclesis no se limita a los elementos del pan y del vino, sino que es eclesial y cósmica: su efecto tiende a transfigurar la comunidad y el mundo entero.

La comunión de los santos incluye la confesión de que el Espíritu Santo es el que santifica la Iglesia. La pneumatología se convierte en hagiografía. La Iglesia, la fe popular y la misma teología deberían dar más lugar a los santos. Para valorarlo tengamos en cuenta el hecho de que algunos grandes santos se convirtieron con la lectura de vidas de otros santos.

En el caso de América Latina los santos de hoy son los mártires: en ellos se expresa toda la fuerza del Espíritu que actúa en la comunidad cristiana. En los mártires no sólo se clarifica la ambigüedad de toda muerte, sino que se historizan la teología del Siervo de Yahvé, la teología de la cruz y la solidaridad con la pasión del pueblo, la lucha por el Reino y la esperanza escatológica⁶⁷ de su triunfo final.

⁶⁷ Referencia a la escatología: el discurso sobre las realidades últimas; el conjunto de las “realidades últi-

El teólogo auténtico no es simplemente un intelectual que desde su mesa piensa, escribe y orienta, sino un testigo del Resucitado que da la vida por los hermanos y anuncia el Reino incluso ante los no creyentes (Ellacuría). Pero hay además miles de mártires anónimos que, asistidos por la fuerza del Espíritu, han muerto por la fe y la justicia, y son verdaderos inspiradores en el camino del Evangelio. Por eso mismo ha sido muy doloroso el silencio del documento de Santo Domingo sobre el martirio en Latinoamérica. Un pueblo que olvida a sus mártires pierde sus raíces.

Finalmente, la comunión de los santos tiene en la liturgia eucarística un lugar central. La comunión va más allá del tiempo y se adentra en la escatología, en la Tierra Nueva de los vivientes. Ellos son intercesores nuestros, hermanos mayores en nuestro peregrinar por la tierra. En América Latina el Apocalipsis es leído con especial cariño en los sectores populares. La nueva tierra, la persecución, el martirio, la comunión en una misma esperanza y la fuerza del Espíritu se sienten especialmente vivos en el Apocalipsis. La teología de la tierra, de la mujer, de la Iglesia, de María, de la Nueva Jerusalén... cristalizan en el Apocalipsis.

mas”, es decir, sobre el más allá o las postrimerías de la muerte. Se ocupa del destino final de la humanidad y del destino final del universo.

El Espíritu que habló por los profetas

Es el Espíritu de justicia que reivindica el derecho de los pobres y la verdadera fraternidad frente a todo tipo de hipocresía cultural o religiosa. Es el que guio a Jesús de Nazaret desde el comienzo de su actuación mesiánica hasta el final de su vida. Una vez derramado sobre la Iglesia primitiva lo dotó de fuerza para dar testimonio de su fe en momentos de conflicto e injusticia. La utopía del Reino, la transfiguración del mundo, el testimonio y la profecía están íntimamente unidos por el mismo Espíritu. Por el bautismo todos participamos de este Espíritu profético.

La vida religiosa

Algunos se preguntan si la vida religiosa habrá ya cumplido su función en el mundo, y cuál podría ser su sentido en la actualidad. Respondemos que la vida religiosa sigue teniendo en la Iglesia una dimensión clara de signo escatológico, de señal profética del Reino de Dios. Nuestra tarea es revisar la autenticidad y actualización de la misma vida religiosa, para que sea signo creíble, profecía e icono del Reino, pues si se ve sólo desde la productividad y competencia comercial, sin la única luz que le da su verdadero sentido, que es la fe, por supuesto que no tiene sentido.

Identificamos algunos trazos comunes a la vida religiosa y al profetismo que iluminan su sentido actual: su origen carismático, imprevisible, inma-

nipulable, desconcertante, como toda obra del Espíritu. La vida religiosa no surge por mandato de la jerarquía, sino que es suscitada por obra y gracia del Espíritu que actúa en la Iglesia. La vida religiosa, como la profecía, brota en momentos de crisis eclesial e histórica; de cambios culturales, sociales y eclesiales, cuando la Iglesia parece haber perdido el rumbo y enfrenta tiempos inéditos. Además, la vida religiosa tiene una cierta connaturalidad, no con el poder, sino con el desierto, el margen y la periferia, donde hay muerte o está naciendo la vida.

La profecía de la vida religiosa es simbólica. Es la propia vida, más allá de su función concreta, la que constituye un signo profético de los valores del Reino de Dios. De ahí la importancia de los votos, de la comunidad, de la espiritualidad y el carisma propios, como lenguaje profético del Reino. La vida religiosa “inserta” e inculturada en el pueblo pobre no es sino la forma de hacer transparente la profecía del Reino en un mundo marcado por la injusticia y la muerte. Es una vida que intenta transfigurar la realidad y exorcizarla, comenzando por el propio corazón. En los años posteriores al Concilio se comenzó a dar en la vida religiosa latinoamericana una conversión profunda: se aprende a ver que los pobres nos evangelizan y nos descubren las riquezas de una fe sencilla y creyente, que sabe cantar a pesar del dolor y espera siempre, contra toda esperanza, un mañana diferente.

El “Octavo Día”

Es notoria la diferencia en la manera de concebir la muerte entre los pueblos del Norte y los del Sur. Para el mundo ilustrado del Norte, la muerte es tabú o espectáculo, mientras que para el mundo pobre del Sur la muerte es vivencia cotidiana, algo que forma parte del panorama ordinario. Es aceptada con naturalidad, como perteneciente al ámbito familiar. A partir de la Pascua para los cristianos la muerte ha cambiado de signo, y la luz de la resurrección ilumina su noche oscura. Es el resplandor del “Octavo Día”, del día sin fin de la gloria, que alumbra la muerte con su luz. Para el cristiano, que navega en medio de los peligros del mar de la vida, en la otra orilla, Alguien que ya ha llegado a la escatología nos espera y nos acoge (Jn 21).

El Espíritu que da vida transformará nuestros cuerpos y los hará semejantes al del Resucitado (Flp 3,21). Jesús es el Adán lleno de Espíritu que nos da vida eterna (1Cor 15,45). Y como nos enseña nuestra fe, estaremos con el Señor para siempre (1Tes 4,17). Ante el misterio de la muerte y la resurrección, debemos aprender que vale más el silencio, la contemplación, la aceptación del misterio, con la confianza de que estamos en buenas manos y que el grano de trigo caído en el surco dará fruto, aunque no sepamos cómo ni cuándo. Estamos ciertos de que triunfará la justicia, la verdad, la luz definitiva. Los poderosos de este mundo no podrán cantar victoria, y al final habrá abundancia y fiesta para todos.

Más allá del sufrimiento actual en el mundo, el panorama futuro es rico en esperanza: las heridas de la Santa Iglesia cicatrizarán; el clamor de los pobres será escuchado definitivamente; todos los pueblos podrán alabar al Señor en sus propias lenguas; la transfiguración de la tierra y de la historia será una realidad.

La pneumatología narrativa calla, y entramos en el silencio de la luz sin fin, del amor eterno, del abrazo entrañable del Padre, por Jesús, en el Espíritu. La secuencia del siglo XIII, *Veni, Sancte Spiritus*, continúa teniendo sentido y valor para nosotros:

Ven, Espíritu divino,
y envía tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don de tus dones espléndido,
luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra en el fondo del alma,
luz divina, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
Lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito,
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

La experiencia espiritual

Sin la experiencia espiritual no es posible la fe. Por eso, aunque sea necesaria alguna instrucción doctrinal, si todas las normas y la misma praxis eclesíástica no propician una experiencia espiritual o se fundamentan en ella, caen en el vacío.

De ahí la importancia de una pastoral que no se limite a enseñar, sino que inicie a la experiencia espiritual, que sea una verdadera *mistagogía*. Sin una experiencia espiritual profunda, mantenida a lo largo de toda la vida, la fe sucumbe. La fundamentación última de la vida religiosa, como de toda profecía, es una experiencia espiritual, que es la raíz de la misma teología.

Precisamente una experiencia espiritual muy recomendada por sus frutos demostrados a lo largo de siglos, es la de los Ejercicios Espirituales. Concre-

tamente para los jesuitas y los cercanos a la espiritualidad ignaciana, los Ejercicios Espirituales de san Ignacio (EE). En este punto conviene advertir que los EE obtienen su eficacia de la *presencia continua del Espíritu Santo*, que es el Espíritu de Cristo. El Espíritu Santo aparece en la presentación objetiva del Misterio: en los relatos evangélicos, en toda la Escritura, que transmite el Mensaje de salvación, en la predicación auténtica de la Iglesia.

El Espíritu Santo es el que opera la conjunción entre la presentación del mensaje objetivo y la vida personal del ejercitante. Realmente sólo esta presencia justifica la práctica de los EE, que son más que un trabajo de persuasión y propaganda. La palabra del mensaje es una auténtica comunicación espiritual de la Palabra de vida.

Como fundamento del AT encontramos la experiencia liberadora del Éxodo, y en el NT la experiencia de Jesús vivida por los apóstoles y la de la Iglesia primitiva son la base. Cuando la teología no nace de una experiencia espiritual se convierte en una ciencia fría que, aunque pueda llenar bibliotecas, es incapaz de alimentar la fe del pueblo. La espiritualidad no puede ser relegada a la categoría de un tratado marginal, sino que debería informar el contenido y el método de toda la teología.

La totalidad del AT, con sus diversos géneros literarios, diferentes etapas y varios autores es fundamentalmente una continua reflexión sobre la experiencia espiritual fundante del Éxodo. Asimismo, el NT no es más que la reflexión teológica

acerca de la vivencia cristológica pascual, la muerte y resurrección de Jesús, iluminada a través de la teología narrativa de la experiencia de la vida, predicación, milagros y opciones por el Reino de Dios.

El auténtico “test” de toda experiencia espiritual es la referencia central a Jesús y a su Evangelio, y los pobres, criterio de discernimiento último. La renovación de la Iglesia comienza por ir a los pobres, así como la decadencia eclesial inicia por su olvido. Toda conversión principia por volver a los pobres.

La teología patrística está arraigada en una profunda experiencia de la Iglesia como comunión con la Trinidad y con los hermanos, sobre todo con los más pobres. La teología monástica se apoya en la lectura divina de la Palabra de Dios desde el desierto y el claustro. La renovación teológica del Vaticano II tuvo en su base una renovación espiritual, bíblica, patrística, litúrgica, pastoral y ecuménica.

El deseo de buscar y hallar la voluntad de Dios, en expresión ignaciana, nos ayuda a vivir como peregrinos que no encuentran descanso, siempre caminando, a veces como el propio peregrino Ignacio, que iba solo y a pie, pero cuyo caminar tenía una meta y una motivación.

Para nosotros el Espíritu no es sólo objeto de reflexión teológica, materia para un tratado de pneumatología, más bien es una luz cálida desde la cual se contempla toda la realidad y toda la teología: la vida cristiana, la Iglesia, el universo (la historia, la creación, la escatología).

Durante mucho tiempo se habló de la “imitación de Cristo” como la síntesis de la vida cristiana. Hoy se prefiere la expresión el “seguimiento de Jesús” como una forma más actual de expresar la práctica del evangelio. El centro del cristianismo es la autocomunicación de Dios. Sin la experiencia personal de este Dios que se nos comunica en Cristo por el Espíritu no hay fe ni teología ni moral cristiana. Toda experiencia del Espíritu se fundamenta y tiene su raíz en la figura histórica de Jesús de Nazaret y conduce a su seguimiento.

Espíritu Santo e iniciación cristiana

En la Iglesia primitiva se vinculó estrechamente el Espíritu con la iniciación cristiana. El don del Espíritu, que lleva consigo la remisión de los pecados (Hech 2,38; Tt 3,5), aparece muy ligado al bautismo (Hech 8,26-40). Significa un nuevo nacimiento (Jn 3,5).

Así, la incorporación a la Iglesia es el primer fruto del bautismo y, a la vez, signo de los demás frutos, concretamente, de la efusión del Espíritu.

Epiclesis bautismal

La antigua invocación o epiclesis que pide a Dios que el Espíritu descienda y fecunde las aguas bautismales en las que los nuevos cristianos se han de incorporar a la Iglesia y así renacer de nuevo se ha conservado hasta nuestros días. El Espíritu recibido en el bautismo es la fuente y raíz de toda la vida cristiana, descrita como *don del Espíritu*.

Crismación

Como parte de la liturgia bautismal tenían lugar una serie de unciones sobre el bautizando con el óleo santo perfumado, previamente consagrado por el obispo, invocando al Espíritu. Junto con la imposición de las manos constituye el núcleo fundamental de lo que luego en la Iglesia latina se llamará *sacramento de la confirmación*. Esta unción que por motivos pastorales en Occidente se separará del bautismo y quedará reservada al obispo, se encuentra especialmente relacionada con el don del Espíritu.

La confirmación guarda una estrecha relación con el bautismo y la iniciación cristiana, de la que forma parte. La teología moderna insiste en que la confirmación no es un sacramento autónomo, sino dependiente del bautismo. Así se explica la ausencia del ritual y de una teología autónoma de la confirmación en el Oriente cristiano, que es testigo fiel de la tradición primitiva y patrística de la Iglesia.

Confirmación y Espíritu

El aspecto más específico de la confirmación es su relación con el don del Espíritu, su dimensión pneumática, que encontramos tanto en el simbolismo de la unción como en los textos bíblicos de la celebración. En la fórmula oficial del sacramento en la liturgia latina se dice: “Recibe por esta unción el don del Espíritu”.

La dualidad bautismo-confirmación no puede resolverse satisfactoriamente sólo desde el plano de la teología sacramental, sino que es necesario

acudira la teología trinitaria. El bautismo ejemplifica y hace presente la misión del Hijo. Pero esta realidad quedaría incompleta sin la referencia al Espíritu, que ha preparado y orientado la vida de Jesús, y constituye su don pascual, del que nace la Iglesia. La separación que en la Iglesia latina se ha dado históricamente entre bautismo y confirmación ha sido uno de los motivos por los que la dimensión del Espíritu ha quedado un tanto oscurecida en Occidente.

Pedro Lombardo fue el teólogo que en la Edad Media propuso la doctrina del limbo para los niños muertos sin bautismo, frente a los teólogos que los condenaban. Por fortuna esta doctrina nunca fue definida por la Iglesia, y hoy ha sido oficialmente rechazada por la autoridad eclesiástica, por falta de fundamento. Se deja a la misericordia del Señor la suerte de los niños muertos sin bautizar.

Teniendo en cuenta los cambios de la sociedad actual de varios países tradicionalmente cristianos, hoy fuertemente sacudidos por el secularismo, y habiendo superado la angustia de los niños muertos sin bautizar, muchos se preguntan si no sería pastoralmente más oportuno dejar mayor libertad en cuanto a la edad del bautismo, favoreciendo que sea más maduro y consciente, quizá con la posibilidad de recibirlo junto con la confirmación y la eucaristía, como en la Iglesia primitiva, para restablecer la estructura unitaria de la iniciación, que en Occidente ha quedado dispersa.

Una nueva iniciación cristiana, en la que bautismo y confirmación no estuviesen separados cronológicamente ayudaría a mantener más vivo y presente el vínculo entre la misión del Hijo y la del Espíritu. Desde hace tiempo numerosas voces postulan una reestructuración de la iniciación cristiana, y si logramos descubrir en ellas la presencia del Espíritu que clama por una Iglesia diferente y renovada, ya no de cristiandad, deberíamos prestarles más atención.

El Espíritu nos hace nacer de nuevo (Jn 3,3). Este es el sentido profundo del bautismo cristiano, pero por insistir demasiado, tanto teológica como pastoralmente en la dimensión negativa de la remisión del pecado original, ha quedado un tanto olvidado. Esta visión más negativa es típicamente latina y occidental, y contrasta con la de los Padres orientales, que acentúan el aspecto más positivo del bautismo, el sacramento que nos da la vida divina por el Espíritu.

Por el bautismo la Iglesia da una vida nueva a los fieles cristianos. Este nacimiento en el Espíritu se enriquece por la confirmación, liturgia que aduce el texto de Is 11,1-2 acerca de los dones del Espíritu, pero, sintomática y curiosamente, sin añadir ni mencionar Is 11,3-9, donde se habla de las dimensiones sociales y cósmicas de la presencia del Espíritu. Aquí tenemos un signo de la propensión en la Iglesia de reducir el Espíritu a los aspectos más personales e individuales de la vida cristiana.

Filiación divina

La revelación de la paternidad de Dios y el impulso interior del Espíritu, que nos hace llamar a Dios *Padre*, se convierten para nosotros en fuente de luz y esperanza en los momentos difíciles, que con frecuencia se presentan en nuestro camino: cuando nos enfrentamos al problema del mal, cuando nos sentimos como huérfanos indefensos en un mundo hostil, cuando se nos pierde el sentido de la existencia humana, cuando se debilita nuestra fe, es entonces que debemos recordar que el Espíritu habita permanentemente en nosotros. Se trata de una presencia estable, firme y perenne, como expresión de la nueva alianza de Dios con nosotros, como consecuencia de la filiación.

El Espíritu nos hace libres

“Donde está el Espíritu del Señor, ahí está la libertad” (2Cor 3,17b). El cristianismo no es una moral, sino una vida nueva, llena de libertad, en la que el Espíritu actúa desde dentro.

La epiclesis eucarística

También llamada invocación al Padre para pedir la efusión del Espíritu, presente en los diversos sacramentos, alcanza su punto álgido en la celebración eucarística.

Las controversias medievales en torno a la presencia real de Cristo fueron la ocasión para que los católicos latinos llegaran a poner el centro de la eu-

caristía en la consagración y a favorecer una serie de devociones que reafirmaban dicha presencia.

Al realismo eclesial del primer milenio sucedió el realismo sacramental de la presencia eucarística en el segundo milenio, con pérdida del sentido comunitario. En la comunión se acentúa el encuentro personal con el Señor, pero sin incidencia en la incorporación al cuerpo eclesial del Señor resucitado. Esta concepción de la eucaristía tiene una estrecha relación con la teología del ministerio sacerdotal del Occidente latino, que ve en el sacerdote a “otro Cristo” que actúa en la persona de Cristo. Esta versión latina eclesiológica, sacramental y eucarística contrasta con la de la Iglesia oriental, que ha insistido más en las dimensiones comunitarias y eclesiales de la cena del Señor y da gran importancia a la invocación del Espíritu Santo en la eucaristía, es decir, a la epiclesis, a la que concede fuerza consagratoria.

El Espíritu desborda los límites de la Iglesia

Desde el Vaticano II la visión de la Iglesia ha cambiado: ya no se concibe como una comunidad enfrentada al mundo, sino como peregrina en la historia, caminando en y con el mundo hacia la consumación escatológica. El proyecto de Dios es generar una koinonía interhumana, cósmica y trinitaria. La crisis de la Iglesia actual se explica desde la incapacidad de escuchar lo que el Espíritu va diciendo a través de los movimientos y anhelos del mundo de hoy. Es urgente redescubrir la presencia del Espíritu en la historia.

Releyendo la Escritura

El mensaje bíblico leído mediante la tradición original de la Iglesia nos invita a abrirnos a una dimensión nueva del Espíritu que va más allá de lo personal y de la referencia al pueblo de Dios o a la Iglesia. Se trata de una fuerza dinámica que desde dentro todo mueve y orienta hacia la realización del proyecto de justicia y fraternidad de Dios, y busca anticipar la creación de un cielo y una tierra nuevos, donde haya armonía y paz, no sólo interior, sino cósmica.

Los signos de los tiempos

Son signos de la presencia del Espíritu que trascienden la Iglesia, en la historia de la humanidad. Los cristianos los asumimos, porque creemos que el Espíritu del Señor llena la tierra (Sap 1,7). Son aspiraciones profundas de la humanidad, y aunque estén contaminadas de impurezas y errores, reflejan la presencia del Espíritu.

El pecado contra el Espíritu Santo

No se trata de un pecado que Dios no pueda perdonar, sino de un pecado que consiste precisamente en rechazar la salvación que Dios ofrece a la humanidad por medio del Espíritu Santo. Juzgar como obra del Maligno lo que es obra del Espíritu Santo es cerrar la puerta a la salvación. En el fondo nace del hecho de negarse a cambiar, de la pretensión de mantener privilegios y posiciones del pasado. Es permanecer en la mentira, la oscuridad y la muerte.

Lecciones de la historia

Al recorrer la historia de la Iglesia quisiéramos silenciar ciertos hechos que hoy nos causan vergüenza, pero no podemos ocultarlos ni negarlos. Para mantener la fe en su conjunto —deseo laudable— la Iglesia ha recurrido a métodos que hoy nos parecen antievangélicos, sin embargo, ha tenido la suficiente apertura para ver y escuchar los signos y las voces del Espíritu que clamaban con fuerza en la historia pidiendo considerar la novedad del Reino de Dios. En repetidas ocasiones no supo reconocer el *kairós*, el tiempo oportuno de gracia.

El clamor del Espíritu

Al hablar del Espíritu de ordinario acentuamos su dimensión silenciosa, delicada, como el susurro de la brisa suave de Yahvé que Elías percibió. Pero no olvidemos que a veces el Espíritu actúa de forma tempestuosa y huracanada. No sólo es susurro, sino también clamor, grito, llanto, lamento. Tanto la Escritura como la Tradición de la Iglesia, y actualmente las Iglesias del Tercer Mundo, son muy sensibles a este clamor del Espíritu, el cual brota de situaciones injustas, no queridas por Dios.

Según la carta a los Hebreos Jesús dirige ruegos y súplicas al Padre, con lágrimas y grandes clamores (5,7), en que parece asumir el clamor del pueblo oprimido. La Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, es un inmenso clamor al Padre pidiendo la liberación definitiva de toda injusticia y toda muerte. Detrás de este clamor multiforme se encuentra el Es-

píritu, que clama por un mundo nuevo, por el Reino de Dios, por la realización de la misión de Jesús.

En los pobres

Desde el Tercer Mundo se siente claramente la necesidad de escuchar el clamor del Espíritu en el sufrimiento de los pobres. Y lo mismo, el *clamor del Espíritu en los diferentes*, los que son alejados o excluidos precisamente por ser diversos, extraños, extranjeros. El Espíritu clama desde ellos.

En las mujeres

Millones de mujeres en países del Tercer Mundo viven situaciones desesperadas: son las más pobres, las más ignorantes, las que llevan las cargas más pesadas y, no obstante, producen la mitad de los alimentos del planeta; no poseen tierras y constituyen un tercio de la mano de obra mundial, pero perciben salarios más bajos y están más expuestas al desempleo.

En este clamor se esconde la presencia del Espíritu, que tiene gran connaturalidad con la mujer como fuente de vida, amor, ternura, sabiduría. A través de la voz y el clamor de las mujeres el Espíritu clama proféticamente, llama a la humanidad hacia una mayor madurez y humanismo. En las páginas del NT descubrimos de cuántas maneras Jesús se compadece, y muestra su ternura y misericordia por las mujeres. Los varones hemos construido una humanidad racional, fría, violenta, materialista, agresiva, inhumana. El Espíritu nos convoca a edificar un mundo mejor.

La irrupción de las mujeres en todos los ámbitos de la actividad humana (en el ámbito del trabajo, los centros del saber, los campos de la política y el arte, pero sobre todo con una fuerte reflexión sobre la condición femenina) debe ser vista como una poderosa irrupción del Espíritu en la historia.

En la tierra

En los últimos años, tal vez con la urgencia por lo delicado de la situación ambiental, hemos ido cobrando consciencia de lo grave del problema ecológico, que no es meramente tecnológico ni basta una terapia técnica para resolverlo: es un problema ético, teológico, espiritual. La humanidad no ha sido fiel al proyecto creador de Dios, no ha obedecido al Espíritu creador de los orígenes. y ha sometido la tierra a sus intereses egoístas y pecaminosos.

Los cristianos no podemos permanecer sordos a este clamor de la tierra, cuando toda la creación se encuentra en peligro. La Iglesia debe aprender a escuchar al Espíritu que gime por intermedio de la creación, sometida a la esclavitud del orgullo humano. Podemos reconocer que el olvido del Espíritu por parte de la teología occidental latina se liga estrechamente a la mentalidad occidental moderna, mercantilista, instrumentalista, consumista y destructora de la tierra.

La teología y la pneumatología deben ser repensadas desde el clamor de los pobres como lugar teológico preferencial. Aunque anochezca y las som-

bras se alarguen, después amanece de nuevo el día. El Espíritu del Señor continúa aleteando y dando vida a la creación, a la Iglesia y a la historia.

María y el Espíritu

Algo maravilloso y sorprendente: en un momento de la historia todo se centra en una mujer. Es sencilla, iletrada, como todas las mujeres de su época, pero atenta a la llamada de Dios y abierta a acoger al Espíritu. De repente el Espíritu la asume y ella queda pneumatizada. Es la portadora del Espíritu por excelencia, pues ha hecho de ella su morada permanente. En ella actúa el Espíritu. Por eso dentro de ella crece la humanidad de Aquel que fue asumido por el Hijo, Jesús de Nazaret.

María es el templo donde el Espíritu y el Hijo están bajo la égida del Padre de infinita bondad, que, a su vez, tiene presencia en el esposo de María, José de Nazaret, en quien el Padre se personalizó totalmente. En aquella familia humilde, trabajadora y piadosa está toda la Familia Divina: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

IV. EL ESPÍRITU EN ACCIÓN: *CONTEMPLAR AL ESPÍRITU*

Además de los datos que hasta aquí hemos considerado, todavía podemos tener en cuenta algunos elementos más.

Como se atestigua en el AT y en el NT, el Espíritu actúa a favor de la justicia entre los seres humanos, a manera de anticipo de la justicia escatológica del Reino de Dios. Lo que los profetas anunciaron, inspirados por el Espíritu, se realiza en Jesús, que fue lleno del Espíritu en el bautismo. El Espíritu desciende sobre los discípulos, en Pentecostés, y los capacita para proseguir el proyecto de Jesús: anunciar la buena nueva a los pobres, liberar a los cautivos y dar vista a los ciegos. Los cristianos, ungidos por el mismo Espíritu de Jesús, somos invitados a seguir su ejemplo de pasar por este mundo haciendo el bien y liberando a las víctimas del mal.

Contemplar al Espíritu es captar y dejarse envolver por la acción, el proceso, la historia y la irrupción de lo nuevo y sorprendente. Pero estos sucesos pneumatológicos difícilmente serán captados con las categorías clásicas del discurso occidental, tradicional y convencional de la teología. Sus grandes temas: Dios, Cristo, la gracia y la Iglesia tradicionalmente fueron pensados y explicados dentro de las

categorías metafísicas de sustancia, esencia y naturaleza, y, por tanto, como algo estático y circunscrito de forma inmutable. Era el paradigma griego que la teología cristiana había oficializado.

Para entrar en comunión con el Espíritu Santo requerimos otro paradigma, el que entiende y explica todas las cosas como emergiendo de un fondo de energía Misteriosa y Amorosa, que está en el origen de todo, y que sostiene el universo y a los seres que en él existen, los actuales y los que están por venir, y que penetra toda la creación. Es un paradigma más próximo a la cosmología moderna.

Para los cristianos la mayor presencia del Espíritu sucedió cuando vino a María y nunca se retiró. De esta presencia permanente nació la santa humanidad de Jesús y con Él se volvió una presencia constante en la historia humana, en particular en la encarnación, en su vida de predicador itinerante que anunciaba la gran utopía del Reino de Dios.

Circunstancias actuales de la actuación del Espíritu

Ciertamente existen algunas rupturas que han sucedido en los últimos años, las cuales debemos tener presente: la realización del Concilio Ecuménico Vaticano II; la Conferencia Episcopal de los Obispos Latinoamericanos en Medellín, que ha inspirado el surgimiento de una Iglesia más sensible a la situación de los pobres, y la Renovación Carismática Católica.

Tal vez hoy vivimos la mayor crisis de la historia de la humanidad, una de enormes proporciones, que puede ser terminal. Hemos construido los instrumentos de muerte capaces de acabar con todos nosotros y exterminar nuestra civilización, edificada con tanto cuidado a lo largo de miles de años.

Con pena amonestaba san Pablo: “No ahoguen el Espíritu” (1Tes 5,19). Tristemente hemos sido testigos de que en los últimos siglos por desgracia se ha dado este sofocamiento del Espíritu, porque no se ha sabido cómo mantener la tensión entre los polos legítimos del poder y el carisma.⁶⁸

En la actual cultura letrada —la cultura dominante de hoy— “espíritu” es lo que se opone a la materia, que se puede medir, pesar, manipular y transformar; en cambio, el espíritu se sitúa en el campo de lo intangible y lo indefinido. La materia es palabra clave para hablar de los valores centrales de la experiencia humana de los últimos siglos.

Los valores espirituales no pueden explicarse con los esquemas científicos. Su lugar es el mundo de la subjetividad, que depende del arbitrio de los grupos religiosos. Para la gente en general, “valores espirituales” equivale a “palabras bonitas”, pero vacías.⁶⁹ O bien, pertenecen al vocabulario

⁶⁸ Fue muy triste el juicio negativo que se hizo de parte de la autoridad de la Iglesia sobre el libro de Leonardo Boff, *Iglesia: carisma y poder*.

⁶⁹ J. Comblin, *El Espíritu en el mundo*, 1978, p. 9.

del discurso eclesiástico moralizante y espiritualizante, por desgracia en relación distante y hostil con el mundo moderno. Por ello la expresión “valores espirituales” aparece con mayor frecuencia en el lenguaje de eclesiásticos de sesgo conservador y se utiliza para designar el campo específico de la actuación de la Iglesia en la sociedad. Según ellos, la crisis del mundo contemporáneo fundamentalmente radica en el abandono del mundo espiritual, más que en las distorsiones en el campo de la política, la economía o el medioambiente, que es donde se debería denunciar la verdadera crisis. En contraparte, entiende el “abandono de lo espiritual” como el hecho de haber dejado de participar en las celebraciones religiosas o de cualquier referencia explícita al mundo religioso. En la cultura popular la palabra espíritu sigue teniendo gran validez.

En las últimas décadas ha ido creciendo poderosamente el entusiasmo hacia el mundo material. El exceso de racionalidad en todas las esferas y el consumismo exacerbado han producido un efecto destructivo de saturación existencial y mucha decepción. Pero por experiencia sabemos que la felicidad no se encuentra en la materialidad de las cosas, sino en dimensiones ligadas al corazón, al afecto, a las relaciones de amor, solidaridad y compasión. En una sociedad de mercado incluso la religión y la espiritualidad han llegado a ser mercancías a disposición del consumo general.

Como seres humanos nos sentimos parte del universo de la pasión, del afecto y del sentimiento sincero que se expresa por la inteligencia cordial y emocional. El Espíritu se revela especialmente en el lenguaje del amor, en la poesía de la naturaleza y en la retórica de la persuasión. Vibramos con la poesía, sintiendo vivamente al Espíritu, que en el ser humano se muestra principalmente en el amor, y lo capacita para establecer un diálogo con Dios, escuchar sus llamadas y abrirse a los demás, para entregarse confiado a Dios, porque se sabe en sus manos.

El verdadero opositor del espíritu no es la materia, sino un antiespíritu regido por el egoísmo, la dureza de corazón, el legalismo, la impiedad y la manipulación de lo sagrado para provecho personal. Es lo que la Escritura conoce como la dimensión “carne”: todo el ser humano que excluye, en su proyecto existencial, la vida, el bien y la justicia.

Como leemos en la Biblia, el Espíritu exhorta, se aflige, grita, se alegra, consuela, reposa sobre alguien, purifica, santifica y llena el universo. Por su unión a la historia, ésta queda transformada de profana en sagrada.

Aunque Jesús habla poco del Espíritu, vive, actúa, se expresa, se relaciona y reza en el Espíritu, es su portador pleno, como se esperaba que sucediera en los tiempos mesiánicos.

Para Pablo, la vida humana se explica como dos modos existenciales de vivir, como dos campos de

fuerza, cada uno con su correspondiente proyecto. El primero es la *carne*, que representa la mundanidad, sin ninguna referencia a Dios. Organiza la vida y la convivencia orientado por el individualismo y la búsqueda del interés propio. El otro es el *espíritu*, que también articula la vida y la comunidad, pero abiertas a los demás, y centradas en el servicio y en el amor. Los dos campos se encuentran ejemplificados en Gál 5,16.29-23.

Jesús no vino a fundar una nueva religión, pues en su tiempo ya había muchas. Vino a enseñarnos a vivir. Su legado es una práctica diseñada para generar al hombre nuevo y a la mujer nueva, no para crear fieles piadosos y aumentar feligreses de una institución religiosa.

Un antiguo dicho de origen desconocido reza: “El Espíritu duerme en la piedra, sueña en la flor, despierta en los animales y sabe que está despierto en los seres humanos”. El Espíritu se manifiesta en distintos niveles: como explosión de energía, movimiento de la materia, principio de vida y suscitador de conciencias. De Él proceden los sueños que nos llevan a la creatividad; alimenta el coraje, provoca la ira contra las injusticias (que algunos consideran “ira sagrada”) y se presenta como fuerza de comunión y comunicación.

Nosotros somos templo del Espíritu, y el universo es su campo de acción, en cada uno de sus seres, particularmente en los seres humanos. La presencia del Espíritu llena todos los tiempos: al principio, inaugurando la creación; en el medio,

acompañando las etapas de la ascensión, y estará al final cuando todos los seres alcancen la plenitud a la que son llamados.

Otra obra grande del Espíritu Santo es la creación de la comunidad de los seguidores de Jesús, la Iglesia. En su constitución entran en juego tres elementos: el Jesús histórico, muerto y resucitado; la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, y los condicionamientos socioculturales.

La vida según el Espíritu debe hacerse visible en el compromiso por los medios de vida: salud, tierra, vivienda, sanidad básica, seguridad, educación mínima. Para que el amor a la vida y la fidelidad a las inspiraciones del Espíritu sean auténticos, han de manifestarse en la defensa de esta causa, en el espíritu de las bienaventuranzas. No podemos renunciar a esta urgencia, dejándola irresponsablemente en manos del Estado. Es un reto que nos toca a todos, y mucho más a los que decimos creer en el Espíritu de vida.

El Espíritu: fuente de inspiración, creatividad y arte

El Espíritu trasciende todos los límites, incluso los ámbitos religioso y teológico. En palabras de Leonardo Boff, es “la fantasía de Dios”. Dondequiera que se vive el amor, se testimonia la verdad y se practica la compasión, ahí está presente el Espíritu. De hecho, es por inspiración del Espíritu que los poetas y los escritores reescriben la vida con sus luces y sus sombras, con sus dramas y realiza-

ciones. No son pocos los autores que confiesan — como Nietzsche— que se sienten llevados por una energía interior que los hace pensar y escribir.

Es la inspiración del Espíritu la que mueve al artista y al artesano a obtener de la materia una imagen que sólo ellos ven en su interior y sacan a la luz. Pareciera que la materia se espiritualiza y el espíritu se materializa. En la danza (sobre todo en el ballet), el cuerpo se convierte en espíritu. El Espíritu parece ganar especial densidad en la música, que como el arte en general y la poesía, tienen valor en sí mismos, pero no precio. Parecen escapar del tiempo para traernos un pequeño anticipo de la eternidad.

El Paráclito no nos trae un evangelio nuevo: en la vida y enseñanza de Jesús ya se encuentra contenido todo lo que necesitamos conocer para el establecimiento del Reino de Dios y para alcanzar nuestra salvación. La acción del Espíritu de “recordar” todo lo que había dicho Jesús no se limita sólo a traer a la memoria simplemente alguna enseñanza que los discípulos habrían podido olvidar. Su verdadera labor es la de hacer comprender desde el interior las palabras de Jesús, ayudarnos a captarlas a la luz de la fe, para descubrir todas sus virtualidades y riquezas en la vida de la Iglesia.

Gracias a la acción del Paráclito el mensaje de Jesús deja de sernos exterior y extraño: lo interioriza en nosotros. La palabra de Jesús asimilada en la fe, bajo la acción del Espíritu, es lo que Juan lla-

mará en su primera carta “el óleo de la unción” que permanece en nosotros (1Jn 2,27).

El Espíritu ilumina a los discípulos para encontrar el sentido cristiano de la historia y proyectar en todas las épocas la luz viva de la revelación. En esto consiste “guiar hacia la plenitud de la verdad”. El papel del Espíritu de la verdad es hacer que el mensaje de Jesús penetre en el corazón de los creyentes para que vivan de él.

Es propio de Dios obrar operando en el interior del alma, y de este modo fue dado el Nuevo Testamento, porque consiste en la infusión del Espíritu Santo; el Espíritu Santo mismo es el Nuevo Testamento que obra en nosotros el amor, plenitud de la ley.⁷⁰

Entonces, la caridad es la ley en su plenitud (Rom 13,8-10). Por eso el amor no es en primer lugar una norma de conducta, sino una fuerza, un dinamismo, y precisamente porque la ley en cuanto tal no es amor —dice santo Tomás—, no puede justificar al hombre: “Era necesario darnos una ley del Espíritu que, obrando en nosotros el amor, pudiese vivificarnos”.⁷¹ “La ley nueva —escribe el mismo santo Tomás en la *Summa*— es principalmente la gracia del Espíritu Santo dada a los cristianos”.⁷²

⁷⁰ Santo Tomás, *In Heb* 8,10.

⁷¹ *Ibid.*, *In 2Cor* 3,6, lect. 2.

⁷² *Ibid.*, 1-2, q. 106, a. 2.

Por Cristo hemos recibido lo que es definitiva e insuperablemente nuevo, y el Espíritu, siendo Él mismo espacio abierto a lo siempre nuevo, lo pone a nuestra disposición en su novedad, que consiste en transformar la extrañeza y miedo en confianza y comunión. El Espíritu es la alegría desbordante, y del Padre en su Hijo.

Así como la transfiguración de Jesús transformó a los discípulos, el Espíritu, que actúa en el corazón del hombre, lo vuelve radiante y transparente, pues ha sido revestido de la belleza gozosa de la gloria del Padre.

San Cirilo de Jerusalén (313-387) narra el modo en el que opera el Espíritu Santo:

Su venida es suave, su presencia se advierte como perfume, su peso es ligero. Rayos relucientes preceden su venida. Él viene con entrañas de auténtico tutor. Viene, de hecho, a salvar, a curar, a enseñar, a advertir, a robustecer, a consolar, a iluminar la mente, y estos efectos los produce ante todo en el ánima que lo recibe y, después, por medio de ella, también en los otros. Y como uno, que primero se encontraba en las tinieblas, después de que ha visto imprevistamente el sol permanece con el cuerpo iluminado y ve claramente aquello que primero no veía, así quien ha sido digno de recibir al Espíritu Santo permanece con el ánima iluminada y ve en modo sobrehumano aquello que primero no veía.⁷³

⁷³ Cirilo de Jerusalén, *Catechesi* 16m16: PG 33,940-941.

Podemos decir que la presencia actual del Espíritu Santo en esta tierra (2Cor 1,22; Gál 5,5; Ef 1,13-14) es el comienzo del Reino de Dios. Pero debemos tener cuidado de no reducir la acción del Espíritu Santo a una transformación puramente interior del ser humano, y eliminar el sentido social o histórico, ya que en ese caso estaríamos proyectando en el NT la restricción de sentido que más tarde se presentaría en la Iglesia establecida.

Es nuestra tarea aprender a leer la actuación del Espíritu Santo en la historia: en las mediaciones de las fuerzas históricas, en el desarrollo científico y técnico, en el desarrollo económico, en el poder político, teniendo en cuenta siempre la repercusión en la vida de los pobres. Su actuación en el mundo se realiza por medio de la paciencia, la perseverancia, la protesta, la petición. La tensión entre los medios violentos de los poderosos y los medios pacíficos de los pobres es una constante en la historia del Espíritu. No se puede construir la paz del Espíritu si no se da a los pobres la restitución de los frutos de su trabajo y el reconocimiento efectivo de sus derechos fundamentales.

El Espíritu en el cristiano

El *pneuma* divino “habita” en el cristiano, a quien ha sido enviado. Pablo es el autor neotestamentario que ha puesto más atención al tema del constitutivo pneumático de la novedad antropológica. Es ya habitual el enlace del don del

pneuma con el momento sacramental del bautismo. El don concedido por Dios penetra a definir por dentro al bautizado: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5,5). Quizá el texto más explícito sea Gál 4,6 (*cfr.* Rom 8,15): “Y como prueba de que son hijos, Dios ha enviado a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!”.

Para el bautizado acceder a la nueva condición filial es humanamente inalcanzable. El *pneuma* es el que realiza la nueva identidad del cristiano. La existencia cristiana entera es una vida según el Espíritu. La *carne* no equivale a un simple componente del hombre (el cuerpo o la sexualidad), sino que identifica semíticamente a todo el hombre (cuerpo y alma) en cuanto mortal, alejado de Dios y opuesto a Él.

CONCLUSIÓN

Comenzábamos este recorrido con la alusión al mundo en que nos ha tocado vivir. Y pese al sentimiento que provoca la visión de una realidad opriente, la consideración de la riqueza del Espíritu de Dios en nuestra vida suscita en nuestro corazón una esperanza nueva. Además de que no estamos solos, la fuerza misma del “Padre de los pobres”, del Consolador, del Abogado, Don del Padre, nos acompaña en todo momento: “No nos dio Dios un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de amor y de dominio propio” (2Tim 1,7-9).

La visión del mundo herido es al mismo tiempo una invitación y un llamado que el Señor nos hace a una renovación de nosotros mismos, de nuestros pensamientos y criterios, inclusive de nuestro lenguaje en la manera de proponer la Buena Nueva, en nuestra liturgia, y en el modo en general de celebrar nuestra fe. Y ciertamente, el Espíritu nos llama a enrolarnos, a comprometernos en la difícil tarea de sanar y transformar este mundo herido.

Tenemos la tarea —la misión, que parece utópica— de crear una nueva forma de ser Iglesia, pueblo de Dios, con un nuevo rostro, que refleje la alegría y vitalidad de una comunidad renovada, porque el Espíritu vive en ella, y por

tanto, ofrece al mundo espontáneamente un estilo de fraternidad, de convivencia alegre y esperanzadora.

El Espíritu nos habla, con su eterna novedad, desde el corazón de esta historia, teñida siempre de oscuridades complejas, pero también con su sed de verdad y de justicia. El Espíritu nos está invitando a un estilo de vida de más bondad, a descentrarnos de nosotros mismos, a promover sin descanso el diálogo y la inclusión, a abrirnos a la solidaridad, a la ternura y al desprendimiento, a vibrar con todo aquello que promueve la vida de los hijos de Dios.

Podemos concluir con las palabras inspiradas del antiguo himno:

Vieni, creator Spiritus,
mentes tuorum visita,
imple superna gratia
quae tu creasti, pectora.

Ven, Espíritu Creador,
visita las almas de
tus fieles,
y llena con la
gracia divina
los corazones que
tú creaste.

Qui diceris Paraclitus
altissimi donum Dei,
fons vivus, ignis, caritas
et spiritalis unctio.

Eres el Paráclito,
Don de Dios Altísimo,
fuente viva, fuego, amor
y espiritual unción.

Tu septiformis munere, digitus pater- nae dexteræ, tu rite promis- sum Patris, sermone ditans guttura.	Autor de los siete dones, dedo de la dies- tra paterna, fiel promesa del Padre, que enriquece nues- tra palabra.
---	---

Accende lu- men sensibus, infunde amo- rem cordibus, infirmi nostri corporis, virtute firmans perpeti.	Ilumina los sentidos, infunde amor en los corazones y con tu perpetuo auxilio, fortalece nuestra fragilidad.
---	---

Hostem repellas longius, pacemque do- nes protinus, ductore sic Te praeviso, vitemus omne noxium	Ahuyenta al enemigo, danos pronto la paz y contigo como guía, evitemos todo mal.
--	---

Per te, sciamos da Patrem, noscamus atque Filium Teque utriu- sque Spiritum, credamos omni tempore.	Por ti, conozca- mos al Padre y también al Hijo y confiemos siempre en ti, Espíritu de ambos.
---	--

Deo Patri sit gloria,
ac Filio, qui a mor-
tis surrexit,
ac Paraclito,
in saeculorum sae-
cula. Amen.

Gloria a Dios Padre,
y al Hijo que resucitó,
y al Espíritu Consolador
por todos los si-
glos. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

Biblia TOB (Traduction Oecumenique de la Bible), Nuova Traduzione CEI, Elledici, 2010.

Boff, L., *El Espíritu Santo*, Ediciones Dabar, México, 2014.

_____, *Iglesia, carisma y poder*. Sal Terrae, 2001.

Brown, R., *Giovanni*, Cittadella 2005 (orig., *The Gospel according to John*, 2 vols., New York, 1966).

_____, “The Paraclete in the Fourth Gospel”, en: *New Testament Studies*, feb. 2009.

Calduch-Benages, N., Ficco, F., Rocca, P., *Il fuoco della Parola*, San Paolo, GBPress, Roma, 2023.

Cirilo de Jerusalén, *Catechesi* 16m16: PG 33.

Codina, V., S.J., *No extingáis el Espíritu*, Sal Terrae, 2008.

_____, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, Sal Terrae, 2015.

_____, *Creo en el Espíritu Santo*, Sal Terrae, 1994.

Comblin, J., *Espíritu Santo*, en: *Mysterium Liberationis*, Tomo I (Ellacuría, I., y Sobrino, J., El Salvador, UCA, 2008).

_____, *El Espíritu en el mundo*, Sao Paulo, Paulus, 2013.

Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.

Congar, Y., *Situación y tareas de la teología de hoy*, Salamanca, 1970.

_____, *Credo nello Spirito Santo*, Queriniana, 1998. de la Potterie, S.J., I., “El Paráclito”, en: *La vida según el Espíritu*, Edic. Sígueme, Salamanca, 1967.

Ellacuría, I., Sobrino, J., *Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, *Mysterium Liberationis*, UCA Editores, 2008.

Endokimov, P., *La connaissance de Dieu selon la tradition orientale*, Lyon, 1967.

Hazim, I., *La Resurrection et l'homme d'aujourd'hui*, Beirut, 1970.

Hilario de Poitiers, *Comentarios a los Salmos*, Ciudad Nueva, Madrid, 2019.

Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, III, 24, I, ca. año 180.

Juan Pablo II, *Encíclica Dominum et vivificantem*, 18 de mayo de 1986.

Léon-Dufour, X., *Lectura del Evangelio de Juan*, Sígueme, Salamanca, 1995. (orig.: *Lecture de l'Évangile selon Jean*, Edit. du Seuil, Paris, 1993).

_____, *La fracción del pan*, Madrid, 1983.

Newman, J. H., *Lectures on the Doctrine of Justification* (Christian Classics, Westminster, MD, 1966) 139.

Pablo VI, “Audiencia general del 6 de junio de 1973”.

- Revista digital de la Escuela de Historia*, Lima 1985.
- Putti, A. M., “La Pentecoste: vita della Chiesa”, en: *Il fuoco della Parola, a cura di*, Calduch-Benages, N., Ficco, F., Rocca, P., San Paolo, GBP, Roma, 2023.
- Pagola, J. A., *El camino abierto por Jesús* (4 vols.: Mateo, Marcos, Lucas, Juan). PPC, Madrid, 2012.
- Pitta, A., “Il frutto dello Spirito”, en: *Il fuoco della Parola, a cura di*, Calduch-Benages, N., Ficco, F., Rocca, P., San Paolo, GBP, Roma, 2023.
- Quinn, Mons. J. R., *Documents d’Església* 674, Montserrat, 15 de abril de 1997.
- Rahner, K., “Teología del Concilio”, en: *Selecciones de Teología* 3, 1962.
- _____, *Experiencia del Espíritu y decisión existencial*, Número especial en homenaje a Edward Schillebeeckx, en: *Concilium*, nov. 1974.
- Rosmini, R., *Las cinco llagas de la Santa Iglesia*, 1833.
- Santo Tomás, *Summa Theologica* 1-2 q. 106.
- _____, *In Heb* 8,10.
- _____, *In 2Cor* 3,6, lect. 2.
- _____, *Comentario a la Carta a los Romanos*, Editorial Tradición, México, 1982.
- _____, *Super Evangelium Joannis*, Cai, Traduzione it. *Commento al Vangelo di San Giovanni*, a cura di Tito Sante Centi, Città Nuova, Roma, 1990-1992-1993.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	9
<i>a. El paradigma cultural</i>	10
<i>b. Vivir la fe hoy</i>	11
I. EL ESPÍRITU EN LA ESCRITURA: LEER AL ESPÍRITU	13
Antiguo Testamento	15
<i>a. El Espíritu creador</i>	15
<i>b. El Espíritu profético</i>	17
<i>c. El Espíritu y el Mesías</i>	20
<i>d. Espíritu interior y sapiencial</i>	22
<i>Conclusión del AT</i>	22
Nuevo Testamento	23
<i>Panorama</i>	23
<i>a. El Espíritu y la misión de Cristo</i>	23
<i>b. El Espíritu, don del Resucitado</i>	25
<i>c. La Transfiguración</i>	26
Síntesis paulina	27
<i>a. La paráclisis del Espíritu</i>	30

<i>b. Carne y Espíritu</i>	32
El Espíritu Santo en el Evangelio Joánico	33
Conclusión.....	52
II. EL ESPÍRITU EN LA COMUNIDAD CRISTIANA: ESCUCHAR AL ESPÍRITU	55
Algunos elementos históricos	55
La minoría del Vaticano I.....	60
Un viento fuerte sacude a la Iglesia: el Vaticano II	61
<i>El Vaticano II como evento pentecostal</i>	62
<i>Una nueva aproximación metodológica</i>	64
La aportación e interpelación del Oriente	66
La Iglesia latinoamericana.....	70
Discernimiento de espíritus	72
<i>El Norte y el Sur</i>	74
Génesis de la Iglesia	75
1. Tradicional	75
2. Rupturista.....	76
3. Dialéctica e integradora.....	76
<i>Inclusión de la Iglesia en el Credo</i>	78
Los laicos	82

<i>La vida religiosa</i>	82
<i>Magisterio y magisterios</i>	83
<i>La Iglesia local</i>	83
<i>El monacato</i>	85
<i>Movimientos laicales y populares</i>	85
<i>Lecciones de la historia de la Iglesia</i>	88
III. EL ESPÍRITU EN LA TEOLOGÍA: REFLEXIO- NAR SOBRE EL ESPÍRITU	93
El Espíritu y el Hijo.....	93
<i>¿De qué Espíritu hablamos?</i>	95
<i>Abogado</i>	98
<i>Las dos manos del Padre</i>	99
<i>La dimensión latinoamericana</i>	101
<i>La religiosidad popular</i>	108
<i>La mujer</i>	109
<i>Las reducciones de Paraguay</i>	111
<i>El Espíritu que habló por los profetas</i>	114
<i>La vida religiosa</i>	114
<i>La experiencia espiritual</i>	118
<i>El clamor del Espíritu</i>	128
<i>María y el Espíritu</i>	131

IV. EL ESPÍRITU EN ACCIÓN: CONTEMPLAR AL ESPÍRITU	133
Circunstancias actuales de la actuación del Espíritu	134
El Espíritu: fuente de inspiración, creatividad y arte	139
<i>El Espíritu en el cristiano</i>	143
CONCLUSIÓN.....	145
BIBLIOGRAFÍA.....	149

El viento sopla donde quiere. Semblanza de un Desconocido: el Espíritu Santo, libro de Mario López Barrio, SJ, fue impreso en abril de 2025. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón.





MARIO LÓPEZ BARRIO, SJ nació en Chihuahua e ingresó a la Compañía de Jesús en 1961. Es licenciado en Filosofía, Historia y Sagrada Escritura (Instituto Bíblico, Roma). Profesor de Introducción al Antiguo Testamento y Nuevo Testamento entre 1980 y 1995 (México). Doctorado en Teología Bíblica

(Universidad Gregoriana, Roma). Fue profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana (Roma). Actualmente se encuentra en el Centro Universitario Ignaciano de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Como sucede con las personas que nos rodean, la presencia del Espíritu Santo es tan cercana que, por lo mismo, solemos perderla de vista, y de vez en vez necesitamos preguntarnos ¿quién es?, ¿cómo entenderlo?, ¿cuál es su aporte en nuestra vida?

Esta obra enlaza la profundidad de la Sagrada Escritura con las diversas realidades humanas pasadas y presentes, para en torno al Espíritu Santo, enseñarnos a leerlo, escucharlo, reflexionar sobre Él y contemplarlo, llevándonos a descubrir que el Desconocido para muchos siempre ha estado presente para todos.

Centro
Universitario
Ignaciano

IBERO
TORREÓN